

Ben Dodds

**Peasants and production in the medieval north-east: the evidence from tithes, 1270-1536**

Woodbridge, The Boydell Press, 2007, XII + 205 pp.

La catedral de Durham es célebre por su imponente e innovadora arquitectura románica y su espectacular ubicación sobre un pronunciado meandro del río Wear. En la Edad Media, sus obispos disfrutaron de un estatus casi principesco y ejercieron derechos de regalía dentro de los límites del Condado Palatino de Durham gracias al papel estratégico que desempeñaron en la defensa de las fronteras septentrionales del reino frente a los escoceses (cuyas aspiraciones sobre las tierras al norte del río Tees estaban, en términos históricos, mejor fundadas que las de los ingleses). La parte oriental de la frontera anglo-escocesa no alcanzó por el norte el río Tweed hasta 1092 y los escoceses continuaron reclamando el territorio entre los ríos Tees y Tweed *de facto* hasta 1157 y formalmente hasta 1237. En lo sucesivo, gracias a las alianzas matrimoniales entre las casas reales inglesa y escocesa, la

paz prevaleció entre los dos reinos y, a medida que la amenaza escocesa se debilitaba, la región experimentó una profunda transformación económica. Hubo una intensa reorganización del poblamiento rural, con la creación de villas planificadas, estructuradas en torno a un espacio común (*green*), que sigue siendo aún hoy una de las notas distintivas de la región. Bajo el estímulo de un crecimiento demográfico renovado, los asentamientos ya existentes se expandieron y otros nuevos fueron surgiendo. Nuevas roturaciones se abrieron camino en medio de las extensas áreas de pastizal y erial. Se fundaron nuevas casas monásticas, se dotaron y construyeron nuevas iglesias parroquiales y la región sufrió una completa señorialización (*manorialisation*). Quizá lo más revolucionario fue la creación partiendo de cero de toda una infraestructura de burgos, ferias y mercados privilegiados (*chartered*). El éxito de

estos desarrollos es patente en Newcastle-upon-Tyne, que creció hasta convertirse quizás en la sexta ciudad mayor del reino hacia 1290, con una población de casi 10.000 habitantes. Este auge se basaba en su papel central en el floreciente comercio de la región, en su carácter de escala en el tráfico marítimo a lo largo de la costa Este, y en las grandes exportaciones de lana y cuero (mercancías que prueban el peso relativo de la producción ganadera en la región), a cambio de un amplio abanico de manufacturas y productos de lujo. Los obispos fueron protagonistas y beneficiarios destacados de estas tendencias, como también lo fueron los monjes del Priorato catedralicio benedictino. Estos últimos habían sido instalados en 1083 para servir a la Catedral, y con ese propósito fueron dotados con amplias posesiones en los alrededores, de las cuales el diezmo en grano recaudado en más de una treintena de iglesias adscritas a los monjes fue siendo un factor cada vez más lucrativo.

En 1270 –cuando empiezan a poder calcularse– los ingresos del Priorato Catedralicio de Durham en concepto de diezmo superaban las 1.100 libras, una suma equivalente a las rentas de un condado mediano (*earldom*). A lo largo de las siguientes cuatro décadas, y gracias a la continua expansión de la producción cerealera, el ingreso por diezmos todavía aumentó efectivamente al menos en un 15%. Sólo es posible calcular estas rentas en momentos esporádicos hasta 1341, pero desde entonces hay datos para hacerlo casi año a año hasta 1519, fecha en la que su valor se había reducido en más de tres cuartas partes. El úl-

timo cálculo es de 1535, año de la disolución del Priorato.

La mayor parte de esta breve pero importante monografía contiene estimaciones del valor monetario total (y su equivalente en grano) de los diezmos recaudados por el priorato en sus parroquias dependientes situadas entre los ríos Tyne y Tees. Con ello proporciona una cuantificación cronológica de la producción cerealera de un conjunto de parroquias a lo largo de 276 años, algo que no puede igualar ninguna otra fuente de la Inglaterra medieval. Se basa en una minuciosa investigación del voluminoso caudal de datos decimales del Diplomatario de la Catedral de Durham (*Durham Cathedral Muniments*), uno de los más importantes archivos monásticos de la Inglaterra medieval que se conservan. Reunir y procesar estos datos para reconstruir las series cronológicas agregadas que este volumen presenta y analiza supone un logro científico muy notable. Los datos no son sencillos de manejar. Rara vez hay información disponible anualmente para todas las rectorías del Priorato. A veces faltan los datos de un año entero, otras son insuficientes para una estimación fiable (Dodds deja al margen los años con menos de 10 observaciones). Los diezmos se pagaban unas veces en especie y otras en moneda, lo que obliga a manejar una información muy detallada sobre los precios antes de proceder a su conversión. A lo largo del tiempo, la recaudación de los diezmos fue subarrendada, normalmente por períodos de un año, pero a veces por varios años, con lo que su valor como índice de la producción en un momento dado se resiente. El fraude

estaba presente en todo momento y, aunque no pueda ser demostrado, sin duda se acentuaba en determinados períodos, dependiendo del precio del grano y del coste y la efectividad con que se vigilaba el proceso de recaudación (por supuesto, el subarrendamiento de diezmos cargaba estos costes sobre las espaldas de los agricultores). El desafío histórico y metodológico es aún mayor porque el Priorato no llevaba una contabilidad centralizada de sus diezmos, sino que los responsables de cada uno de los departamentos a los que se asignaban los contabilizaba de forma separada, a menudo con procedimientos distintos e incompatibles y con una conservación desigual de los documentos.

Todos estos problemas (y las formas de abordarlos) se analizan en este volumen, que no deja al lector dudas en cuanto a la formidable escala y complejidad de la tarea que el autor ha asumido. Está claro que la investigación de los diezmos no está hecha para los débiles de corazón, ni para historiadores que se asusten de la estadística y la informática, porque sin ambas sería impensable haber reunido, organizado y procesado 16.000 registros de diezmos obtenidos a partir de 12.000 contabilizaciones diferentes. Si se hubiese empleado la utilidad de cálculo de regresión del paquete de software estadístico STATA, reducir la masa de información específica de un determinado momento o lugar a una sola cronología internamente coherente hubiera sido una tarea mucho menos penosa, pero esto es, desde luego, juzgar a toro pasado. Dobbs ha trabajado bien: su metodología es tan apropiada como transparente, ha su-

perado el escrutinio de otros colegas y ha proporcionado resultados fiables. Las cronologías que ha construido para la producción cerealera del nordeste de Inglaterra van a mantener su validez durante mucho tiempo; servirán de base para comparaciones sistemáticas entre regiones y sectores (señorial y no señorial, por ejemplo), tanto en Inglaterra como fuera, y constituirán un punto de partida para profundizar más en el futuro en las tendencias del propio nordeste.

Esta exploración pionera de los datos de diezmos ingleses tiene su inspiración inicial —como se explica en el primer capítulo del libro— en los trabajos de la escuela francesa de *Annales*, desarrollados principalmente hace más de 40 años, en la época dorada de la historia cuantitativa. Desde entonces, de manera discreta, numerosos especialistas han ido exprimiendo los archivos, muy especialmente en España, Holanda y Suecia. En Inglaterra, como explica Dodds, los datos de diezmos han sido relativamente relegados a un segundo plano, no porque falten o sean escasos, sino porque otras fuentes, como la contabilidad señorial (*manorial accounts*) o los registros testamentarios han resultado más atractivas. Estas fuentes dieron lugar a una visión de la producción y la renta agrícolas inevitablemente sesgadas en favor de los grandes productores, lo que ahora tiene un contrapeso valiosísimo en los datos del diezmo, de ahí el título de este volumen: *Peasants and Production*. De hecho, como el autor sabe bien, el título puede ser equívoco, en la medida en que el diezmo lo pagan todo tipo de productores —señores y siervos, grandes y pe-

queños agricultores— y en el nordeste algunas grandes propiedades seguramente están detrás de la mayoría de la producción sujeta a diezmo. Después de todo, las propiedades en la región tendían a ser relativamente grandes en comparación con el resto del país (muchas alcanzaban las 12,5 hectáreas de tierra de cereal), y las subdivisiones estaban menos extendidas que en otras zonas más pobladas (la densidad de población del condado de Durham era sólo dos tercios de la media nacional). En más de un sentido, la parte más especulativa del libro es la que se refiere a estos productores, quiénes eran y qué determinaba sus estrategias productivas. Dodds cree que no se trataba de una clase de productores de subsistencia autosuficientes, oprimida y esquilada económicamente por una clase feudal. Por el contrario, como en otras partes de la Inglaterra medieval, se muestran como participantes activos en una economía comercial monetarizada, aprovechaban a fondo las oportunidades del mercado, alteraban la composición de su producción en función de los precios y explotaban fuentes alternativas de ingresos, como los pastizales cultivados, la producción de mineral y carbón a pequeña escala y la pesca en el mar.

Las circunstancias económicas, políticas y demográficas del siglo XIII favorecieron a las regiones inglesas más septentrionales. Su creciente prosperidad descansaba sobre una población en aumento, la abundancia de recursos agrícolas, la expansión urbana en la región y fuera de ella, el fortalecimiento de las relaciones comerciales internacionales del Mar del Norte y unas rela-

ciones estables y pacíficas con el vecino escocés. Los enemigos potenciales de esa prosperidad podían ser los desastres naturales, cualquier rebrote de hostilidades entre Inglaterra y Escocia, y depresiones comerciales a escala regional, nacional o internacional. Desde la década de los 90 del siglo XIII todos estos factores se aliaron para hacer que la expansión agrícola de la región primero se estancase y luego entrase en crisis, dando lugar a una larga recesión que aún en 1535 no daba signos de recuperarse. Los problemas empezaron en 1295, con la ruptura de la línea dinástica en el trono escocés, seguida de una serie de malas cosechas de causa climática (que hicieron bajar en un tercio la recaudación del diezmo en grano) y finalmente, en 1296, la invasión de Escocia por los ingleses. Al principio este intento de conquista favoreció a Inglaterra, pero tras una aplastante derrota en 1314, las tierras sobre las cuales el Priorato recaudaba el diezmo se vieron expuestas a reiteradas razzias por parte de los escoceses. Como consecuencia, las cosechas entre 1315 y 1317 fueron calamitosas, tanto que la recaudación de diezmo en grano en 1316 fue sólo de un tercio de la de 1311. La inseguridad militar —que no se solucionó hasta la derrota y captura de David II de Escocia en 1346— ralentizó la recuperación de la crisis de subsistencia y probablemente se reforzó con el estallido de la epidemia del ganado de 1319 (que, sorprendentemente, el autor no menciona, a pesar de la importancia del ganado y las pieles en el comercio regional: de hecho Newcastle era el primer exportador de pieles de Inglaterra). Incluso en 1344, en

que hubo una buena cosecha, las entradas de diezmo en grano siguieron siendo sólo tres cuartos de las de 1311 (el máximo anterior a la hambruna). Los datos del diezmo documentan con claridad un nuevo período de malas cosechas por causas climáticas entre 1349 y 1351, que se sumaron a los efectos devastadores de la Peste Negra, y como consecuencia las entradas de diezmo en grano fueron en 1350 las peores de todo el siglo XIV: inferiores en más de un 40% a las de 1316 y en un 80% a las de 1311. En lo sucesivo hubo una modesta recuperación, a lo que contribuyó el éxito en contener la amenaza escocesa, pero con la continua sangría de población provocada por la peste y otras enfermedades este repunte no pudo consolidarse. Después de tres cosechas excepcionalmente buenas a fines de los 70 se inició un largo y paulatino declive de la producción de cereal que, por contraste con otras partes de Europa, duró hasta bien entrado el siglo XVI. Lo que es peor, el declive se vio tachonado por crisis recurrentes, especialmente en 1401-2, 1432-3, 1437, 1438 (el mínimo absoluto en los ingresos de diezmo en grano en Durham), y 1481-2. Estas estrecheces no sólo revelan la constante amenaza que las inclemencias atmosféricas suponían para la producción de cereal en la región, sino también que la reducción masiva en la producción de grano podía disparar el peligro de escasez y carestía. La salida de este círculo vicioso no se debió a factores internos, sino más bien externos a la región, en concreto al resurgir de la prosperidad económica de Londres y al consecuente crecimiento de la demanda de carbón

transportado por mar (*sea-coal*) desde los yacimientos de Northumberland y Durham. La minería del carbón orientada a proveer el mercado londinense y los de otras comunidades urbanas en expansión en el entorno del Mar del Norte hizo revivir la maltrecha economía de la región y abrió una etapa de 250 años de crecimiento económico que llegaría incluso a eclipsar al del siglo XIII. Sin embargo, a comienzos del siglo XVI no había aún atisbos de la transformación económica que se avecinaba y los monjes de Durham sólo podían recordar con nostalgia la riqueza que su Priorato había disfrutado en los años de bonanza del siglo XIII, cuando sus ingresos por diezmo eran tres veces mayores, y quienes competían por subarrendarlos eran los grandes mercaderes urbanos, en vez de cofradías de productores rurales.

Ésta es la primera monografía que se dedica a presentar sistemáticamente y analizar los datos del diezmo en Inglaterra. Supera el artículo publicado por el autor en 2004 en *Economic History Review*, al incorporar varios refinamientos metodológicos y ampliar las series, hacia atrás al período entre 1270 y 1341, y hacia delante a los años 1450-1536. El estudio introductorio, con su análisis de los trabajos pioneros franceses sobre los diezmos, y las comparaciones con las series decimales de Francia, España, Flandes y Holanda del capítulo 5, deja claro que la obra pretende contribuir a la creciente bibliografía europea sobre los diezmos. Por eso es tan sorprendente como frustrante que dos series cronológicas a cuya reconstrucción Dodds ha consagrado mucha atención y esfuerzo

—el valor anual de los ingresos decimales de 1270 1536 y su equivalente en grano— no se hayan incluido excepto en forma de gráficas. Por útiles que sean las Figuras 1 y 2, muchos historiadores querrán disponer de las cifras reales en las que se basan. Esta lamentable omisión perjudica la utilidad de un volumen que, en todo lo demás, es sumamente recomendable. Fernand Braudel se hubiera sentido tan complacido como impresionado por este homenaje inglés a su

propia obra y a sus preocupaciones científicas. Los colegas españoles, que disponen de registros de diezmos aún más abundantes, podrán igualmente encontrar en él una buena fuente de inspiración.

**Bruce M. S. Campbell**

The Queen's University  
of Belfast

(Traducción del inglés: Julio Escalona,  
CSIC-Instituto de Historia)

Spyros I. Asdrachas (Ed. E. Liata, A. Mathaiou, P. Polémi)

**Viosi ké katagrafi tou ikonomikou. I martyria tis apomnimonefsis**  
**[Lo económico vivido y relatado: el testimonio de las memorias]**

Atenas, CNRS/Centre des Recherches Néohelléniques, 2007, 254 pp.

**E**l nuevo enfoque (conceptual pero al tiempo sólidamente fundado sobre las fuentes precisas) de la historia griega moderna y contemporánea debe mucho a Spyros Asdrachas, quien trabaja desde hace mucho sobre la historia económica griega durante la dominación otomana (siglos XV al XIX). Su investigación y sus publicaciones se centran, en primer lugar, en las instituciones que organizaban la economía agrícola griega, sobre todo el sistema de producción que el poder otomano central imponía a los territorios dominados. El eje principal de esta elaboración está constituido por la diferenciación de estos mecanismos en el espacio y en el tiempo, visto que el grado de monetización influye sobre la forma de pago de los impuestos territoriales, las rentas y su pago por la población dominada. La organización comunal de la población domi-

nada, sus estructuras familiares y el derecho consuetudinario son también puntos centrales de la investigación histórica de Spyros Asdrachas. Sus intereses, la elaboración histórica a través de fuentes directas, cuantitativas y cualitativas, y los temas mencionados cubren diversas regiones, como el Asia Menor, el Peloponeso, la Tesalia o los Balcanes meridionales. Es preciso referirse en particular a sus estudios sobre las Islas Jónicas durante los siglos XVIII y XIX, período en el cual son dominadas sucesivamente por venecianos, rusos y franceses, para pasar a continuación a constituir un protectorado británico. Estas dominaciones occidentales imponen un tipo de posesión de las tierras agrícolas que también ha sido analizado por Asdrachas.

El libro que presentamos se articula a partir de los seminarios dirigidos por

Spyros Asdrachas en el Centro de Investigaciones Neohelénicas de Atenas y en París, entre 1974 y 2007. La parte aquí recopilada, al cuidado de E. Liata, A. Mathaiou y P. Polémi, se refiere a los seminarios celebrados entre 1994 y 1995. La temática general de estos estudios es la historia económica de las poblaciones griegas bajo la dominación otomana y durante las primeras décadas del XIX, fase de fundación y estructuración del Estado griego. El objetivo es investigar el espacio económico, las mentalidades económicas y los mecanismos, monetizados o no, del mercado. Según Asdrachas, la Historia Económica puede ayudar a entender la actividad económica global por medio de las características del mercado y de las prácticas económicas (p. 22).

La primera parte del libro se refiere a cuestiones conceptuales de la actividad económica. De acuerdo con el autor, al analizar los mecanismos económicos durante la dominación otomana (entre el siglo XV y principios del XIX) no se puede utilizar el término *Historia Económica Griega*, sino que hay que referirse a la actividad económica de la población dominada (pp. 23-32). Se trata de una actividad prácticamente monopolizada por la agricultura, cuyas estructuras y características técnicas se mantienen en el largo plazo. Estas sociedades rurales se opusieron violentamente al poder otomano, ruptura expresada sobre todo por las tropas militares de los *armatoli*, que sin embargo formaban parte del sistema de ocupación. De este modo, la ruptura y las antítesis no tenían únicamente un carácter religioso sino

también local o familiar (p. 101). Junto a la agricultura, las redes de la Diáspora griega, que consolidaron su estructura durante el siglo XVIII, participaron en el comercio europeo. De esta forma se fue ampliando el espacio de la actividad económica griega. Para demostrar la actividad económica de estas poblaciones griegas, que engloba la diversidad económica, la apertura espacial, el escalonamiento cronológico y la diferenciación del tejido humano, las múltiples formas de análisis exigen a su vez la utilización de diversos tipos de fuentes.

La segunda parte del libro profundiza en las memorias escritas por militares y políticos que participaron en la Guerra de Independencia griega (1821-1829). En este punto es necesario mencionar la diferenciación entre estas autobiografías y los textos historiográficos escritos igualmente durante la segunda mitad del siglo XIX por intelectuales y políticos griegos (Asdrachas, 2003a). Las Memorias de los participantes en la Revolución buscan precisamente justificar el papel de sus autores en la aventura nacional, presentar su visión sobre la coyuntura militar y política y proporcionar a los lectores la sucesión de los acontecimientos históricos. La subjetividad de este tipo de fuentes remite (según el autor) a una sensibilidad colectiva, es decir, que refleja mentalidades enraizadas en el conjunto social y realidades que sobrepasan la experiencia individual. Bajo esta perspectiva, estas fuentes autobiográficas son examinadas en relación con sus referencias a la esfera económica. Así, las cuestiones teóricas de la primera parte del libro

son analizadas a través de autobiografías y crónicas cuyo escenario es el territorio griego actual y el tiempo de la narración son los años de la revolución y el período posterior.

A través de las memorias que Kanellos Deligiannis escribió entre 1854 y 1856 (publicadas en 1957) se esbozan las instituciones consuetudinarias que regían la economía rural y las formas de la propiedad agrícola durante la dominación otomana. Deligiannis formaba parte de las elites locales del Peloponeso y por ello nos proporciona una visión diferente sobre los grupos de la sociedad agraria. Del mismo modo, en la obra de Fotakos, publicada por primera vez en 1858, la ciudad de Trípoli, capital de la región peloponésica, es descrita a través de su dependencia de su entorno rural, que incluía la ocupación mayoritaria de sus habitantes en actividades rurales (p. 120).

Las memorias del militar N. Kasomoulis proporcionan un punto de vista diferente sobre la Revolución Griega, interpretada por ciertos historiadores contemporáneos marxistizantes alternativamente como una Revolución rural, burguesa o «populista». Por añadidura, las Memorias y las obras de historia poseen un espíritu local que dificulta la comprensión de la Revolución. Las mismas memorias (escritas entre 1832 y 1861 y publicadas entre 1939 y 1942) nos ofrecen dimensiones diversas en relación a la actividad económica de la época. Se trata de una sociedad rural jerarquizada, que se asienta sobre la familia extensa (p. 189). En este mundo rural, que sin embargo participa en el co-

mercio, ciertas agrupaciones militares formadas en torno a caudillos constituyen igualmente empresas. El hecho de que se tenga que tomar en consideración la penetración de la moneda en estas sociedades rurales impone la referencia al ejercicio del crédito. En efecto, el tejido social está descompuesto a causa de créditos a un interés usurario. Por lo demás, a través de los recorridos de Kasomoulis por el espacio griego se describe una economía agro-pastoral atípica: de autoconsumo, pero al mismo tiempo integrada en los circuitos comerciales.

La referencia de los textos analizados a estos casos ha permitido al autor documentar las cuestiones teóricas planteadas en la primera parte del libro. Como se ha mencionado, en la primera parte del libro se exponen los ejes teóricos de la investigación: el dinamismo económico colectivo, la periodización de la historia económica griega, el peso de lo geográfico en la ampliación del mercado, los grados de monetización según la región y la organización consuetudinaria de la sociedad rural. Entre los demás ejes teóricos es necesario yuxtaponer también la influencia de las mentalidades sobre la actividad económica humana, pero asimismo sobre la estructura interna de la producción agrícola. Estas cuestiones se tratan en la segunda parte del libro a través de las memorias personales, es decir, a través de una óptica individual. Así, este trabajo no constituye únicamente una fuente preciosa de información, sino sobre todo un tejido metodológico. Incide sobre la valoración de la óptica cualitativa e individual, paralela y comple-

mentaria al enfoque cuantitativo o cuantificador.

**Catherine Bregianni**

Centro para el Estudio de la Historia Moderna  
de Grecia, Atenas

(Traducción del francés: Miguel Cabo  
Villaverde)

**PUBLICACIONES PRINCIPALES DE SP.  
ASDRACHAS:**

**I. Monografías en griego:**

ASDRACHAS, SP. (1988): *Elliniki kinonia ke ikonomia, XVIII-XIX éonas. Ypothésis ké prossegissis* [Sociedad y economía griegas, siglos XVIII-XIX. Hipótesis y enfoques], Atenas, Ermis.

ASDRACHAS, SP. (1993): *Scholia* [Comentarios], Atenas, Aléxandreaia.

ASDRACHAS, SP. (1995): *Istorika apeikasmata* [Representaciones de la Historia], Atenas, Themélio.

ASDRACHAS, SP. (1999): *Michanismi tis agrotikis ikonomias stin tourkokratia, XV-XVI éones* [Mecanismos de la economía agrícola durante la dominación otomana, siglos XV-XVI], Atenas, Themélio.

ASDRACHAS, SP. (1999): *Zitimata Istorias* [Cuestiones de Historia], Atenas, Themélio.

ASDRACHAS, SP. (2003a): *Apomnimonevmata, mia Monadiki pigi tis Istorias* [Memorias: una fuente única para la historia], *Eleftherotypia*, 21-03-2003.

ASDRACHAS, SP. (ed.) (2003b): *Elliniki ikonomiiki istoria, XV-XIX éonas*, [Historia Económica Griega, siglos XV-XIX], Atenas, Fundación Cultural de la Banca del Pireo, 2 vols. (en curso de publicación en inglés).

**II. En otros idiomas:**

ASDRACHAS, SP. (1970): «Aux Balkans au xv siècle: producteurs directs et marché», *Etudes Balkaniques*, 6, 3, pp. 36-69.

ASDRACHAS, SP. (1971): «Faits économiques et choix culturel. A propos du commerce du livre entre Venise et Méditerranée orientale», *Studi Veneziani*, 13, pp. 587-621.

ASDRACHAS, SP. (1972): *Patmos entre l'Adriatique et la Méditerranée orientale pendant la seconde moitié du XVIII siècle*, d'après les registres de Pothitos Xénos, Paris, [Tesis doctoral, EPHE, VIe Section-Paris 7].

ASDRACHAS, SP. (1972): «Marchés et prix du blé en Grèce au XVIIIe siècle», *Südost-Forschungen*, 31, pp. 178-209.

ASDRACHAS, SP. (1972): «Quelques aspects du banditisme social en Grèce au XVIIIe siècle», *Etudes Balkaniques*, 8, pp. 97-112.

ASDRACHAS, SP. (1975): «Salaires ruraux et salaires urbains en Grèce à la fin du XVIIIe siècle et au commencement du XIXe», *Cahiers de la Méditerranée: La force du travail dans la cité*, Niza, pp. 97-110.

ASDRACHAS, SP. (1975): «Traditionalismes et ouvertures: le cas d'Ampélakia en Thessalie», *Structures sociales et développement culturel des villes sud-est européennes et adriatiques aux XVIIIe-XVIIIe siècles*, Bucarest, pp. 215-223.

ASDRACHAS, SP. (1975-1976): «Sources et problèmes de l'histoire économique de la Grèce pendant la domination Ottomane», *Annuaire de l'Ecole Pratique des Hautes Etudes, IVe Section*, Paris, pp. 477-499.

ASDRACHAS, SP. (1976-1977): «Sources et problèmes de l'histoire économique de la Grèce pendant la domination Ottomane», *Annuaire de l'Ecole Pratique des Hautes Etudes, IVe Section*, Paris, pp. 499-529.

- ASDRACHAS, SP. (1977-1978): «Sources et problèmes de l'histoire économique de la Grèce pendant la domination Ottomane», *Annuaire de l'Ecole Pratique des Hautes Etudes, IV<sup>e</sup> Section*, Paris, pp. 433-447.
- ASDRACHAS, SP. (1977): «Sociétés rurales balkaniques aux XVe-XVIIe siècles: mouvements de la population et des revenus», *Etudes Balkaniques*, 13, pp. 46-66.
- ASDRACHAS, SP. (1979): «Problems of Economic History of the period of Ottoman Domination in Greece», *Journal of the Hellenic Diaspora*, 6, 2, pp. 3-36.
- ASDRACHAS, SP. (1979): «Fiscalité et monétarisation dans les économies villageoises balkaniques, XVe-XVIIe siècles», *Cahiers de la Méditerranée moderne et contemporaine: Actes des «Journées d'études sur la circulation monétaire et les institutions bancaires»*, pp. 113-119.
- ASDRACHAS, SP. (1981): «Quelques aspects des économies villageoises du début du XIXe siècle», *The Greek Review of Social Research*, vol. especial *Aspects du changement social dans la campagne grecque*, pp. 158-179.
- ASDRACHAS, SP. (1981) [En colaboración con Eka-terini Asdracha]: «Remarques sur la rente féodale: le cas des baronnies de Corfou, XVIIe siècle», *Travaux et Mémoires. Hommage à Paul Lemerle*, 8, pp. 7-14.
- ASDRACHAS, SP. (1984): «Una città liquida: l'Archipelago greco», *II sezione del II Convegno Internazionale di Studi La salvaguardia delle città storiche in Europa e nell'area Mediterranea*, Bologna, pp. 139-145 (en francés).
- ASDRACHAS, SP. (1985): «Le surplus rural dans les régions de la Méditerranée orientale: les mécanismes», *Actes du II Colloque International d'histoire 'Economies méditerranéennes: équilibres et intercommunications, XIII e-XIXe siècles'*, Atenas, vol. 2, pp. 29-57.
- ASDRACHAS, SP. (1986): «Revenus ruraux en Grèce pendant la domination ottomane, XVe-XVIIe siècles», *Studia Historica Gadensia*, 267, pp. 99-109.
- ASDRACHAS, SP. (1986): «La rivoluzione greca: una sintesi storica», *Risorgimento greco e filellenismo italiano*, Roma, Edizioni del Sole, pp. 73-80.
- ASDRACHAS, SP. (1988) [En colaboración con Eka-terini Asdracha]: «Les paysans dans les fiefs de Corfou, XVe-XVIIe siècles», *Mélanges offerts à Hélène Arweiler. Byzantina Sorbonensia*, 16, pp. 17-34.
- ASDRACHAS, SP. (1996): «Rendita feudale e rendita fondiaria a Corfù all'epoca della dominazione veneziana», en COSTANTINI, M. y NIKIFOROU, A. (ed.), *Levante veneziano. Aspetti di storia delle Isole Ionie al tempo della Serenissima*, Roma, Bulzoni Editore, pp. 21-37.
- ASDRACHAS, SP. (1998): «Agricoltura e rapporti di proprietà», en COSTANTINI, M. (ed.), *Il Mediterraneo Centro-Orientale tra vecchie e nuove egemonie*, Roma, Bulzoni Editore, pp. 127-132.
- ASDRACHAS, SP. (2005): «An introduction to Greek Economic History, 15th to 19th centuries: Fields of observation and methodological issues», *The Historical Review*, II, pp. 7-30.

**Páginas de internet relacionadas:**

[www.melissabooks.gr](http://www.melissabooks.gr)  
[www.askizweb.gr](http://www.askizweb.gr)  
[www.eie.gr](http://www.eie.gr)  
[www.universalis.fr](http://www.universalis.fr)

Jean-Marc Moriceau

**Histoire du méchant loup. 3000 attaques sur l'homme en France, xve-xxe siècle**

París, Fayard, 2007, 623 pp.

**A** diferencia de lo que acontecía en siglos pasados, en que el lobo era considerado un enemigo público, actualmente la creciente defensa de la biodiversidad ha revalorizado su imagen; tendencia que en el caso de algunos países europeos como Francia ha animado la reintroducción y protección de este animal salvaje en su territorio, con la consiguiente división de la opinión pública y de tensiones entre los ganaderos. En este contexto, en el que los antiguos sentimientos de hostilidad hacia el lobo, tradicionalmente considerado dañino, se han ido tornando en una creciente conciencia de protección, el libro del historiador modernista Jean-Marc Moriceau constituye una serena y rigurosa contribución a un debate bastante vivo en el país vecino sobre las relaciones entre el hombre y el lobo, a través de un ángulo de aproximación tan delicado como es el de los ataques al hombre en los siglos pasados.

El autor es consciente de que el historiador debe saber participar en los grandes debates de la sociedad y de que, además, en su opinión, no deben existir razones para inquietarse sobre las relaciones entre el historiador y las posiciones de la ecología. Frente a aquellos grupos que, en nombre de la biodiversidad, defienden que el lobo jamás ataca al hombre, y que ello no constituye más que una simple leyenda, el autor ha querido ofrecer al lector una visión directa y rigurosa de las fuentes documenta-

les, y desde una posición totalmente neutral, lejos de todo atisbo de militancia anti-lobos, se interroga de forma lúcida a lo largo de su obra sobre una serie de cuestiones de gran interés acerca de la presencia del lobo en Francia en el curso de los últimos cinco siglos, aportando todos los elementos de reflexión necesarios para comprender las seculares relaciones entre el *canis lupus* y el hombre.

Tras una ardua labor de investigación a lo largo de cinco años, con su obra el autor pretende responder a tres propósitos fundamentales, propiamente históricos: en primer lugar hace un notable esfuerzo de síntesis, tratando de reunir todos los trabajos existentes sobre las relaciones del hombre con el lobo, publicados en el ámbito local y regional, así como algunas obras generalistas y un número creciente de investigaciones universitarias. En segundo lugar construye una base de datos de más de 3.000 víctimas de ataques de lobos, a través de un retorno a las fuentes documentales originales, a fin de contar con un punto de apoyo sólido sobre el que fundar sus reflexiones. Dicha labor es acompañada de un complejo sistema de representaciones cartográficas (con una cuidada selección de mapas e infografías) y análisis estadísticos, que desde una óptica cuantitativa y geográfica contribuyen a comprender el impacto real de las agresiones, así como su evolución en el tiempo y en el es-

pacio. Por último, como reputado especialista en historia rural, el autor considera que el ataque del lobo al hombre puede contribuir a la revelación del funcionamiento de las sociedades humanas, constituyendo un buen bio-indicador de la gestación de los espacios rurales y, por tanto, contribuir a la configuración de un campo de investigación original sobre la evolución de las sociedades rurales.

Para llevar a cabo sus objetivos, Moriceau recorre el camino en varias etapas, organizadas en los 13 capítulos en los que estructura su obra. En el primer capítulo hace una detallada presentación y crítica de las fuentes documentales más adecuadas para el análisis de las relaciones del lobo con el hombre en el pasado, así como una reflexión acerca del crédito que ofrecen, y cómo optimizar su utilización, a fin de validar la información y de mensurar las bases de la reflexión histórica. Además de las encuestas administrativas (correspondencia de los Intendentes, sobre todo), que permiten comprobar la relación entre los hechos y las reacciones que suscitan, también hace uso de las contabilidades hospitalarias que, entre otras cosas, informan sobre las consecuencias de los ataques de lobos rabiosos, de los archivos notariales y comunales y de las fuentes judiciales (procesos verbales de levantamientos de cadáveres). Incluso las gacetas y periódicos –debidamente verificada la exactitud de sus informaciones– son una fuente documental de primer orden, aunque las fuentes más ricas sobre los ataques de lobos a humanos son las actas de sepultura, de las que hace un amplio uso el au-

tor. En el segundo capítulo se analizan las aportaciones y la sinceridad de esta fuente eclesiástica, susceptible de una explotación cuantitativa. Frente a una corriente de opinión tendente a desacreditar el testimonio de los curas del Antiguo Régimen, sospechosos de deformar la realidad al asimilar el lobo al diablo, el autor constata que, en su posición de intermediarios culturales y como buenos conocedores de su entorno, tienden a elaborar los registros parroquiales como memoria de los hechos, sobre todo dramáticos, que ocurren en sus comunidades, por lo que está convencido de que, en general, los curas ofrecen una información sobre los ataques de lobos digna de crédito. Haciendo un uso riguroso de la fuente, comparando las minutas originales con las actas finales, el autor obtiene de las actas de sepultura información sobre el momento del ataque, localización, identificación de la víctima y del cuerpo, características del animal agresor o circunstancias de los hechos, incluyendo varios testimonios de curas con descripciones detalladas de ataques de lobos. Como colofón al primer bloque del libro, tras analizar las fuentes primarias y su concordancia general, Moriceau llega a la conclusión de que la documentación de la época evidencia incontestablemente el peligro del lobo para el hombre en la Francia de los siglos XIV al XIX.

El segundo apartado de la obra –capítulos 3 al 6–, hace una contextualización histórica para los cinco siglos que aborda, desde mediados de la guerra de los Cien Años hasta la guerra de 1914, constatando que el papel de los lobos ha cambiado en

función de las mutaciones económicas, culturales y políticas. La incidencia de las grandes epidemias y hambres, la situación de inseguridad e impacto de las guerras, la evolución de las representaciones populares, etc., todos estos factores influyen en mayor o menor medida en la evolución de las relaciones conflictivas entre el lobo y el hombre, que el autor estructura en tres grandes secuencias cronológicas: el período anterior al reinado de Luis XIV (de principios del siglo XV a 1660), en el que se suceden momentos de inseguridad con importantes recrudescimientos de ataques de lobos, alternando con otros de relativa calma; una segunda secuencia (1661-1763), que iría desde la llegada del rey Sol hasta finales de la guerra de los Siete Años, en la que tiene lugar una etapa de intensidad máxima de ataques; para finalizar con una última fase (1764-1918), que se inicia con el controvertido misterio de la famosa bestia de Gévaudan (cuestión a la que se dedica el interesante capítulo 5), y finaliza con la progresiva reducción de las agresiones, hasta su desaparición definitiva a lo largo del siglo XIX y primeros decenios del XX (capítulo 6).

Tras verificar la información y circunscribir el contexto cronológico en el que el lobo causó los principales ataques, en el capítulo 7 el autor propone una cartografía precisa de los conflictos entre los lobos y las poblaciones vecinas, reflexionando en torno a cuál ha sido en el transcurso de los siglos su distribución geográfica, al tiempo que profundiza en el análisis y la medida de los efectos demográficos de los ataques, a través de un estudio cuantitativo. A finales

del XVIII Francia tenía la población de lobos más importante del oeste de Europa, y aunque los había por todo el territorio, destacaba su mayor densidad en el área centro-sur y oriental, en donde estos animales salvajes presentaban un evidente riesgo para el hombre, pues era especialmente allí donde se daban factores favorables a las agresiones, tales como la existencia de zonas forestales, áreas de pasto y espacios agrícolas intensamente explotados por el hombre y animales domésticos. Más allá de las estadísticas –difíciles de establecer–, el autor sugiere que los ataques de lobos en la Francia del Antiguo Régimen también produjeron abundantes casos de heridos, tanto físicos como psíquicos, lo que extendió en el seno de las mentalidades colectivas de la época un profundo y ancestral miedo al lobo, mucho menos artificial de lo que se pretende muchas veces.

En un nuevo apartado del libro se analizan pormenorizadamente las características de los ataques de lobos antropófagos y contagiados de rabia, sus ritmos y estacionalidad, la identidad de los predadores, los modos de ataque, las víctimas de las agresiones, etc. Así, en el capítulo 8 se examina la estacionalidad de los ataques de lobos antropófagos, encontrándose que, contrariamente a los clichés que perduran, el peligro de las agresiones a humanos no se concentraba en el invierno o en la noche, sino que la mayoría de los ataques eran diurnos, y fundamentalmente de mayo a septiembre, coincidiendo con el momento del calendario agro-ganadero en que animales y personas se dispersan más por los campos, así como con el propio ciclo bio-

lógico de los lobos y el ciclo anual de la vegetación.

En el capítulo 9 se analiza la identidad de los predadores, la designación de los agresores, así como la percepción cultural, llegando a la conclusión de que el lobo antropófago constituye una categoría muy particular en el comportamiento del lobo ordinario. A pesar de que la identificación de los agresores es uno de los datos menos presentes en el conjunto de las actas de defunción encontradas, Moriceau opina que las descripciones parecen indicar comportamientos específicos de ciertos ejemplares que atacan generalmente de forma aislada (a veces acompañados de algún congénere). En su análisis de la percepción cultural que se tenía del lobo, el autor encuentra que a pesar de que los curas tratan de combatir las supersticiones, el miedo a los lobos comedores de hombres lleva a que en las mentalidades populares se tienda a identificar a este animal salvaje como encarnación del diablo.

En el capítulo 10, a través de un examen detallado de las fuentes, se analizan los modos de ataque y el estado de los cuerpos encontrados, a fin de comprobar si dichas agresiones son propias del *canis lupus*. En su examen clínico, Moriceau pone en evidencia características de predación ligadas al efecto sorpresa, tales como el estrangulamiento y desmembramiento de las víctimas y la selección y conservación de partes carnosas, lo que indica una etología específica, que en las latitudes francesas sólo puede ser propia de una especie: *canis lupus*. En el capítulo 11 el autor se pregunta sobre las víctimas de los

ataques de lobos, llegando a la conclusión de que, en general, predomina la debilidad de las víctimas como factor determinante, por lo que imperan las agresiones a menores de 20 años, mientras que entre los adultos son las mujeres y ancianos los más susceptibles de sufrir ataques. Además predominan las víctimas pertenecientes a medios desheredados, fundamentalmente pastores, aunque en contra de lo que se piensa, sobre todo de ganado bovino. Así, se observa una coincidencia entre zonas de mayor densidad de ganado bovino en Francia con las principales zonas de ataques de lobos predadores.

En los dos últimos capítulos Moriceau hace un minucioso análisis de los ataques a hombres protagonizados por lobos contagiados de rabia, consciente de que las diferencias entre las agresiones de lobos rabiosos y las de lobos antropófagos son numerosas: espaciales, cronológicas, demográficas, económicas, sociales y culturales. En el capítulo 12 examina el contexto específico en que la rabia influye en las agresiones a humanos, para terminar la obra con un capítulo, en el que, después de pasar revista a la trayectoria de la Medicina en el tratamiento terapéutico de la rabia, analiza la incidencia de los ataques, comprobando que este tipo de agresiones presentan una etología particular, directamente relacionada con la evolución de la enfermedad, por lo que las víctimas no son fundamentalmente niños, mujeres y ancianos, como en el caso de los lobos antropófagos, ni pastores o gentes del bosque, sino cualquier persona que estuviese al aire libre.

En las conclusiones el autor manifiesta su convencimiento de haber cumplido con su objetivo de informar y desdramatizar el debate en torno a las relaciones del hombre y el lobo en el pasado. La multiplicidad de datos recogidos procedentes de diversos tipos de fuentes, la coherencia que presentan y la concordancia a nivel nacional evidencian que el lobo era un peligro real para las poblaciones rurales de la Francia del Antiguo Régimen. Si bien a nivel nacional las defunciones que se pueden achacar a dichos ataques no constituyen más que casos esporádicos en el conjunto de la mortalidad de la época, sin embargo se han podido constatar secuencias de mayor intensidad de ataques de lobos comedores de hombres, así como de lobos rabiosos, que a escala local o regional creaban verdadera psicosis, lo que influyó en la secular percepción cultural del lobo. Con su obra el autor también ha podido comprobar que el lobo se muestra como un revelador de la organización de las sociedades humanas y de los modos de gestión del territorio.

En definitiva, el libro de Jean-Marc Moriceau, profesor de Historia Moderna y director de la *Maison de la recherche en sciences humaines (Pôle Sociétés et Espaces Rurales)* en la Universidad de Caen (Baja Normandía), y de la prestigiosa revista *Histoire et Sociétés rurales*, constituye una excelente síntesis histórica, seria y rigurosa que, con un claro afán interdisciplinar – asesorado por geógrafos, biólogos, veterinarios y epidemiólogos –, está presidida por una firme voluntad de claridad y de liberar directamente las fuentes primarias. En nuestra opinión, el notable esfuerzo del autor en su investigación se ve ampliamente recompensado, al presentar tanto a la comunidad de historiadores como al público interesado en el tema una valiosa aportación, no sólo a la comprensión de las seculares relaciones del lobo con el hombre, sino también a la organización espacial de las sociedades rurales de la época.

**Hortensio Sobrado**

Universidade de Santiago de Compostela

Francesc Nadal, Luis Urteaga y José Ignacio Muro

### **El territori dels geòmetres. Cartografia parcel·laria dels municipis de la província de Barcelona (1845-1895)**

Barcelona, Diputació de Barcelona, 2006, 255 pp.

Entre 1849 y 1883 se levantaron en la provincia de Barcelona 140 mapas parcelarios, correspondientes a 103 municipios, un 32 por 100 de los existentes a mediados del siglo XIX. En ellos se representaron 189.750 hectáreas, el 24,5 por 100 de la superficie provincial. Barce-

lona se convirtió, en consecuencia, en *El territori dels geòmetres*, según la expresiva imagen usada por Francesc Nadal, Luis Urteaga y José Ignacio Muro para dar título al libro objeto de esta reseña. En él se trata de la cartografía parcelaria municipal efectuada en la provincia de Barcelona entre

1845 y 1895 y de los cartógrafos que la realizaron. La primera fecha corresponde a la reforma fiscal de Mon-Santillán, que implantó la Contribución de inmuebles, cultivo y ganadería, de la que esta cartografía deriva; 1895 es el año de implantación del Catastro por masas de cultivo por parte del Ministerio de Hacienda, cuando aquellos mapas parcelarios de iniciativa municipal ya no se realizaban.

Este libro presenta un capítulo de la historia del Catastro en la España y la Cataluña del siglo XIX, con una perspectiva muy novedosa, al centrarse en las actuaciones de la Administración local y de la Administración periférica del Estado en un ámbito provincial determinado. El resultado es un estudio de la estadística territorial en la práctica. No estamos ante una historia más del Catastro español, dedicada a las iniciativas del Gobierno (Presidencia del Gobierno, Ministerio de Hacienda). Los autores no desconocen, no obstante, ésta. Ellos mismos han contribuido a ella con su *Geografía, Estadística y Catastro en España* (1996) y diversos artículos sobre la materia. Este conocimiento de la historia del Catastro y el de la citada Contribución de inmuebles les permite enmarcar adecuadamente la práctica catastral barcelonesa decimonónica e identificar sus principales ciclos.

Otro de los activos de los autores, y del libro que comentamos, es su exhaustiva labor heurística. Han rastreado muchos archivos generales, nacionales y catalanes, y múltiples archivos locales. Esta búsqueda les permitió localizar buena parte de los mapas parcelarios realizados, aunque no

todos, y conocer con detalle sus vicisitudes, incluso cuando aquéllos no se han conservado. El producto de estas indagaciones lo presentan en forma de Anexo 1 como «Catálogo de la Cartografía parcelaria municipal de la provincia de Barcelona (1845-1883)». Compuesto de 140 detalladas fichas, el Catálogo constituye un apartado de gran utilidad para los investigadores. Esta aportación justificaría, por sí sola, la publicación que nos ocupa. Además, el Catálogo reproduce más de cincuenta de estos mapas parcelarios municipales; la calidad estética de algunos de estos trabajos planimétricos y la calidad de la edición del libro, a cargo de la Diputación de Barcelona, dan como resultado una obra formalmente cuidada, bonita.

Pero las aportaciones del libro no se quedan sólo en estos aspectos documentales, divulgativos y formales. La minuciosa investigación que sostiene esta monografía ha servido a los autores, asimismo, para identificar a los principales agentes, institucionales y particulares, de la cartografía parcelaria: los funcionarios de la Administración provincial de Hacienda, los Ayuntamientos de la provincia, los expertos en agrimensura y sus empresas, así como los grandes y pequeños propietarios de la tierra, que la apoyaron cuando entendieron que «el resultado había de redundar en beneficio de todos», como sucedió en Vilafranca del Penedès en 1851. Mapas y cartógrafos son el hilo conductor del relato, con un telón de fondo: la aplicación de la Contribución de inmuebles, cultivo y ganadería.

*El territori dels geòmetres* se organiza en siete capítulos. Los dos primeros están de-

dicados a explicar la implantación de la Contribución territorial en la provincia de Barcelona y los mecanismos administrativos para hacer efectivo su reparto y recaudación, una labor en la que jugó un papel importante la Comisión provincial de Estadística y Enrique Antonio Berro, su jefe entre 1848 y 1854. A su iniciativa corresponde un ambicioso plan estadístico, descrito en el capítulo 2. La Comisión puso los cimientos de la estadística territorial barcelonesa sobre dos fórmulas: la estadística geométrica de los municipios, que implicaba la realización de levantamientos parcelarios, y las operaciones de comprobación y medición, derivadas de una importante actividad fiscalizadora. El capítulo 3 está dedicado al período 1849-1854, clave en la historia de los levantamientos parcelarios de tipo fiscal en la provincia de Barcelona, pues en él se elaboraron el 60 por 100 de los mapas catalogados. Esta especie de «fiebre catastradora» tiene que ver con el uso de la cartografía parcelaria para resolver los conflictos fiscales surgidos entre la Administración provincial de Hacienda y los municipios. En unos casos las averiguaciones estadísticas fueron ejecutadas por iniciativa directa de la administración tributaria; en otros, la iniciativa partió de los pueblos. Las operaciones para la genéricamente conocida como «estadística territorial» incluyeron la medición de todas las parcelas del municipio, el levantamiento de un plano geométrico a gran escala, la formación de registros individualizados de propietarios y aparceros, la clasificación y evaluación de los terrenos y cultivos y, por último, la confección de los preceptivos amillaramientos.

El capítulo cuarto está centrado en los contratistas de la estadística territorial, un elevado número de agrimensores, de distinta formación y bagaje, que acabaron convertidos en auténticos empresarios de la estadística territorial. Entre ellos destacan Llorenç Presas i Puig (sobre el que puede verse Muro, Urteaga y Nadal, 2005), o Pedro Moreno Ramírez, que también «trabajó a lo grande» en la realización de levantamientos catastrales en las islas Baleares. El capítulo se completa con el Anexo 2 del libro, dedicado a la nómina de geómetras identificados por los autores, un total de 45 profesionales que incluye agrimensores, arquitectos, maestros de obra, ingenieros e incluso un matemático como Llorenç Presas. En conjunto, las páginas del capítulo y del Anexo aportan sustanciosas notas de historia de la agrimensura española, así como de historia empresarial, un negocio en el que las conexiones con la Administración fueron relevantes.

Los dos capítulos siguientes están dedicados a la actividad catastral llevada a cabo entre 1855 y 1885. El quinto trata de la producción de cartografía parcelaria realizada desde el Bienio progresista al Sexenio democrático, una actividad en marcado retroceso, coincidiendo con los diversos intentos acometidos por la Administración central desde 1857 para levantar un Catastro general del país. Sólo la renovación de los amillaramientos, entre 1858 y 1863, al generar una serie de conflictos fiscales, reactivó la confección de planos de perímetros y de planos parcelarios: el 17 por 100 de la cartografía catalogada por los autores corresponde, por ello, al período

1854-1868. En este capítulo, el conocimiento de los autores de las vicisitudes de la Comisión de Estadística General del Reino, responsable de levantar el Catastro español (Muro, Nadal y Urteaga, 1996), les ha permitido hilar muy fino la historia catastral general y la de las experiencias cartográficas locales, a través de la conexión que entre ambos niveles propiciaron los profesionales experimentados en dichas operaciones. El seguimiento de las iniciativas de Pedro Moreno ante aquella Comisión de Estadística es muy ilustrativo de una historia de expectativas y, al fin, de frustraciones.

El capítulo 6 se ocupa del «splendor y la decadencia» de la estadística parcelaria en la provincia de Barcelona, entre 1869 y 1885. Esta aparente paradoja se explica por el declive de este tipo de cartografía, tras el cierto repunte del Sexenio, hasta su práctica desaparición a principios de la década de la ochenta, y la elaboración de algunos de los mejores documentos parcelarios de la provincia catalogados por los autores. Esto último tiene que ver con dos factores; por un lado, la puesta de las mediciones parcelarias con fin fiscal al servicio de las necesidades del planeamiento urbano, sobre todo en el Plan de Barcelona, entonces en proceso de crecimiento urbano y transformación industrial; por otro, la elaboración de una serie de atlas parcelarios que unían a sus funciones fiscales una extraordinaria calidad estética, explicada por razones simbólicas (ejemplificar una buena administración municipal) o de estrategia comercial de los propios agrimensores.

El capítulo 7, a modo de guía para investigadores, explica la utilidad de los mapas parcelarios para la geografía histórica y cultural del paisaje, la distribución geográfica de los documentos cartográficos catalogados (más abundantes en las comarcas litorales y en las del prelitoral), las técnicas empleadas en el levantamiento de estos mapas y sus características cartográficas, aspectos estos dos últimos de indudable interés para una historia de la cartografía en España. Igualmente interesante es el capítulo de las conclusiones con las que se cierra el estudio, que no el libro, pues a continuación se añaden los dos citados Anexos y las no menos relevantes páginas dedicadas a las fuentes y bibliografía, entre las que merecen destacarse, por su valor heurístico, las referidas a las «Fuentes inéditas».

El libro que nos ocupa ofrece diversos perfiles y aportaciones a subrayar. Uno de ellos es el documental, como catálogo de cartografía parcelaria y de fuentes para su estudio. Otro es el de la historia empresarial asociada a la de los profesionales que ofrecieron, contrataron y ejecutaron las operaciones catastrales, coordinando medios materiales y humanos a su servicio. Un tercero es el estrictamente geográfico, que conecta con la condición, y vocación, de geógrafo-historiador de sus autores. En el libro subyace una preocupación metodológica, que es la del uso de la cartografía histórica para el estudio de las transformaciones del paisaje rural (o urbano). Nadal, Muro y Urteaga efectúan un recorrido informado por la historiografía internacional disponible, desde los trabajos de March Bloch, publicados entre 1929 y 1943, hasta los de Ro-

ger Dion, Jean-Claude Hinnewinkel, John Brian Harley, Roger J.P. Kain, Alan R.H. Baker, Hugh C. Prince o Hugh Clout y, entre nosotros, Bartomeu Barceló, Viçenç M. Roselló, Tomás Vidal, Pere A. Salvá, Mercedes Tatjer, Salvador Llobet, Miquel Corominas, Jaume Sans y Antoni de Haro, Antoni Segura, los propios Nadal y Urteaga y, más recientemente, los trabajos de Enric Tello y de los historiadores de la economía agraria (Garrabou, Cussó,...) preocupados por la reconstrucción de los paisajes rurales y la historia de los usos del suelo.

Sospecho que Nadal, Urteaga y Muro están interesados en hacer esto: la reconstrucción y el estudio del paisaje rural catalán a partir de la cartografía histórica. Pero se han encontrado con un problema previo: localizar, primero, la planimetría disponible y hacer, a continuación, un catálogo de la misma. Y a ello han dedicado este libro, para el que contaban con una ventaja de partida, debida a su fecunda experiencia investigadora en esta materia. Sus indagaciones les sitúan ante un hecho: la importante actividad estadística y cartográfica desarrollada en la provincia de Barcelona desde 1845 tiene que ver con la gestión de la Contribución territorial. Y esta constatación les lleva a abordar, desde su riguroso estudio provincial, una cuestión al fin central en esta obra, que es la de la cantidad y la calidad de las estadísticas territoriales disponibles en la España del siglo XIX, bien sintetizada en las «Conclusiones». Incorporan, de este modo, sus resultados a un debate de largo recorrido, renovado con las aportaciones habidas desde la década de los noventa del siglo XX, de la mano de

contemporaneístas, historiadores económicos y geohistoriadores (Vallejo, 2006).

Los autores entroncan así con alguna de las hipótesis y recomendaciones formuladas en esos trabajos, como la que sugería que localmente pudo haber estadísticas territoriales aceptables (p. 24), y que «sería de utilidad localizar dónde se efectuaron trabajos estadísticos» –con agrimensores para la medición de tierras y agrónomos para la clasificación de los terrenos– y, de haberse hecho, cómo se fiscalizaron por parte de la administración provincial de Hacienda (Vallejo Pousada, 2000: 117), porque posiblemente en estos casos estuviésemos ante las estadísticas sobre la riqueza inmueble de mayor calidad y fiabilidad para mediados del siglo XIX. El trabajo de Nadal, Urteaga y Muro corrobora que esas estadísticas, con su correspondiente cartografía parcelaria, existieron en Barcelona y –al menos– en las Islas Baleares; pero, sobre todo, aporta datos relevantes para entender las condiciones que las motivan y las hacen posibles, y para el debate sobre su probable calidad fiscal.

Por todas esas razones creo que estamos ante una obra de referencia para la historia de la estadística territorial en España, ante un ejemplo de metodología rigurosa a seguir. Objetaría que el apartado dedicado a «Los mapas parcelarios como fuente para la geografía histórica y cultural del paisaje» merecería un lugar aparte, por su relevancia, y que las páginas dedicadas al Sexenio y, sobre todo, a la Restauración requerirían un mayor detalle, porque aquí queda más desdibujada la relación entre la historia de la Contribución territorial, las iniciativas

de la Administración central para perfeccionar las estadísticas territoriales y las iniciativas cartográficas locales, en declive. ¿Es posible que la demanda de catastro que formulan los propietarios agrícolas catalanes en el contexto de la crisis agraria finisecular se sustente en la descrita experiencia catastral previa? Para este último período existe aún campo por desbrozar. En cualquier caso, éstas han de ser necesariamente objeciones menores pues, como el lector habrá podido comprobar, este libro me ha gustado mucho, porque rehúye los tópicos y nos permite ir más allá de una historia catastral de buenos y malos, que haber los hubo, pero de modo algo distinto al que se nos ha contado. Animo, pues, a su consulta y lectura. Espero que su escritura en catalán no retraiga a los lectores no catalanoparlantes.

**Rafael Vallejo Pousada**

Universidade de Vigo

Peter J. Atkins, Peter Lummel y Derek J. Oddy (eds.)

**Food and the City in Europe since 1800**

Aldershot, Ashgate, 2007, XVI + 260 pp.

El presente volumen se inscribe en una larga tradición. Desde 1989 la ICREFH (International Commission for Research into European Food History) organiza congresos bianuales de expertos sobre la historia de la alimentación en Europa en los últimos doscientos cincuenta años, reuniones que siempre dan lugar a publicaciones. Este libro, que tiene su origen en el simposium celebrado en Ber-

**REFERENCIAS**

- MURO, J.I., NADAL, F. Y URTEAGA, L. (1996): *Geografía, estadística y catastro en España*, Barcelona, Ediciones del Serval.
- MURO, J. I., URTEAGA, L. Y NADAL, F. (2005): «Los trabajos cartográficos y catastrales de Llorenç Presas i Puig (1811-1875)», *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 59, pp. 7-39.
- VALLEJO POUSADA, R. (2000): «Los amillaramientos como fuente estadística: una visión crítica desde la contribución territorial», *Historia Agraria*, 20, pp. 95-122.
- VALLEJO POUSADA, R. (2006): «Fiscalidad y agricultura en las Edades Media, Moderna y Contemporánea: síntesis y balance», *Historia Agraria*, 40, pp. 561-596.

lín en 2005, muestra una atención especial a las grandes ciudades. En ese sentido, la elección de la ciudad anfitriona del congreso fue sin duda acertada, puesto que precisamente la historia de la alimentación en Berlín presenta numerosos aspectos de gran interés.

La filosofía proclamada por la ICREFH es la de una aproximación al tema de la historia de la alimentación amplia, interdisci-

plinar e internacional: «Nuestro enfoque es abiertamente internacional e interdisciplinar y vemos esto como un punto fuerte, ya que proporciona a nuestras deliberaciones 'vigor híbrido'» (p. 251). El lector debería pues esperar de este volumen no tanto una historia social o cultural completa y estructurada de la alimentación en las ciudades europeas, sino más bien una recopilación de estudios diversos en metodología, enfoque y objeto de estudio, pero que a cambio también pueden mostrar una considerable profundidad en los detalles. En estos casos es labor del equipo de editores agrupar de la manera oportuna las contribuciones, cosa que consiguen de manera muy convincente. Las diecinueve contribuciones se distribuyen en cuatro grandes grupos aproximadamente iguales en extensión, desde cuestiones generales sobre la alimentación de grandes poblaciones (*Feeding the Multitude*), a la regulación estatal (*Food Regulation*), pasando por las innovaciones en productos y procesado (*Food Innovations*) y el desarrollo de los hábitos alimenticios (*Eating Fashions*). Existen contribuciones que ofrecen una visión transversal a lo largo de dos siglos, y otras sobre el siglo XIX, y principios y finales del XX. También es destacable el alcance geográfico: junto a trabajos panorámicos se presentan estudios sobre muchas ciudades europeas, de Burdeos a Barcelona pasando por Praga u Oslo.

El libro comienza, tras unos excelentemente estructurados comentarios introductorios, que esbozan la temática al tiempo que sitúan el libro en el contexto de anteriores publicaciones, con dos trabajos.

Primeramente Hans Teuteberg se ocupa de un estado de la cuestión sobre urbanización y alimentación (centrado en Alemania e Inglaterra), y a continuación Peter Atkins ofrece un importante trabajo comparativo sobre el volumen y las modalidades del abastecimiento de alimentos en dos de los mayores centros de consumo de mediados del XIX, Londres y París. Ambos autores consiguen en unas pocas páginas, en las cuales naturalmente resulta imposible trazar un panorama completo sobre los mencionados temas, allanar el camino para los restantes trabajos. Roser Nicolau-Nos y Josep Pujol-Andreu aportan un trabajo sobre el ámbito mediterráneo y la fase de la industrialización en torno a los hábitos alimenticios en Barcelona entre 1880 y 1940. Estos autores constatan algunas tendencias en ningún modo atípicas, como por ejemplo el incremento en el consumo de carne y las variedades de ésta que eran consumidas. A la hora de argumentar estas transformaciones realizan sin embargo un llamamiento a la prudencia. Si bien el aumento de los ingresos a corto plazo es un importante elemento explicativo, también lo son en el largo plazo como mínimo en igual medida los conocimientos científicos, los avances técnicos y factores sociales. Corinna Treitel con su trabajo sobre el influyente aunque poco conocido fisiólogo alemán Max Rubner se ocupa igualmente de la relación entre industrialización y alimentación, aunque desde una perspectiva completamente distinta como es la de la Dietética y la 'correcta' alimentación. La primera parte del libro queda completada por el trabajo de Jürgen Schmidt, dedi-

cado al ‘cambio’ en los hábitos alimenticios en el Berlín de postguerra. Schmidt sitúa en un contexto político los acontecimientos en una ciudad que durante estos años prácticamente «devora» su entorno y se pregunta por los efectos (también a largo plazo) de las experiencias del hambre y el bloqueo sobre la organización (liberal) de la sociedad.

La segunda parte del libro se plantea ante todo la cuestión de la seguridad en la calidad de los alimentos y se sirve de cuatro ejemplos de cómo las autoridades y la sociedad civil se enfrentaron a esta cuestión en Bruselas (Peter Scholliers), Londres (Derek Oddy), París (Alessandro Stanziani) y Alemania (Vera Hierholzer). Lo acuciante del problema lo muestran las cifras referidas a Bruselas, donde a finales del XIX al menos la cuarta parte de los alimentos analizados estaban podridos o habían sido falsificados. Las cifras para otras ciudades no son mejores, aunque cambian mucho entre unos alimentos y otros. Ciertamente la concepción del problema fue variando con el paso del tiempo. Así, durante bastante tiempo se diferenciaba entre el fraude «peligroso» y el «seguro», refiriéndose con estos términos a los efectos sobre la salud de los afectados y siendo perseguido el segundo tipo con menor diligencia (si es que se hacía) que el primero.

El primer trabajo de la tercera parte, a cargo de Adel den Hartog, enlaza con el tema anterior, puesto que trata el tema de la leche condensada, desarrollada como respuesta a las dificultades de conservación de la leche pero al precio de la falta de vitaminas. A continuación se suceden tra-

bajos que arrojan luz sobre la evolución en la entonces Europa comunista, importantes complementos a lo que por lo demás es una historia volcada en Europa occidental. Jukka Gronow se ocupa del cambio ‘contrario al sistema’ en la Unión Soviética de los años treinta, cuando se crearon tres clases de restaurantes. Gronow muestra con claridad cómo ese proceso encaja en la introducción del consumismo soviético, que incluso en ese sistema dejaba abierta una puerta trasera al individualismo. Martin Franc ilustra la existencia de jerarquías en Checoslovaquia al presentar el papel privilegiado de Praga en el abastecimiento de alimentos. En último término ello respondía a la función de la capital como escaparate que debía mostrar al Oeste que en el seno del comunismo también existía el bienestar. Finalmente del desarrollo del supermercado en Alemania se ocupa Peter Lummel, que incide en su interpretación del supermercado durante la época del *Wirtschaftswunder* [milagro económico] como un importante catalizador de innovaciones en la industria alimentaria y de la transformación en los hábitos alimenticios. Anneke van Otterloo y Panikos Panayi por último muestran a través de los elocuentes ejemplos de Amsterdam (tras la Segunda Guerra Mundial) y Londres la tendencia general europea según la cual las intensas relaciones coloniales, pero sobre todo la inmigración, favorecieron la introducción de productos exóticos en la cocina local y la internacionalización de los restaurantes.

Finalmente, la cuarta parte constituye un filón de cuestiones específicas. Así, Ul-

rike Thoms reflexiona sobre el efecto de imitación provocado por los banquetes públicos de científicos en el Berlín del siglo XIX y principios del XX. Virginie Amilien nos informa sobre los escasamente internacionalizados hábitos alimenticios en Oslo, que facilitaron el paso desde una cocina muy pobre en el siglo XIX a otra igualmente sencilla pero mucho más copiosa a finales del XX. Oslo ejemplifica también el peso de los factores sociales, que en este caso se reflejaron en la persistencia en el largo plazo de diferentes mentalidades hacia la alimentación de la elite y del grueso de la población. Isabelle Téhoueyres por último muestra el papel de los mercados, tomando la ciudad de Burdeos como estudio de caso, y cómo en muchos lugares florecen a pesar de su carácter anacrónico. Esta parte contiene también una aportación general de Alain Drouard, que compara algunos movimientos de reforma de la alimentación (por ejemplo el vegetarianismo) decimonónicos.

Como lector, percibo en este libro la armonía de los distintos trabajos deseada por los editores, a pesar de la inevitable pluralidad de enfoques. Un aspecto positivo que debe ser subrayado es la facilidad de lectura de los trabajos. No sólo por lo que respecta a su nivel científico, ya que resulta posible seguirlos sin dificultad aunque pertenezcan a otras disciplinas, sino también por su extensión de entre diez y quince páginas, lo que convierte los textos en apetitosos bocados que no ocasionan ni molestias digestivas ni sensación de hartazgo. Lo único que realmente se echa de menos en el libro es alguna aproximación a ciudades

italianas, y ello no solamente como amante de la buena mesa, sino también desde el punto de vista analítico. A fin de cuentas, Italia se presenta, precisamente en sus ciudades, como una interesante combinación de formas tradicionales y modernas de producción, de venta y de preparación de alimentos y destaca por una cultura gastronómica cualitativamente peculiar.

En resumen, *Food and the City in Europe since 1800* constituye una obra polifacética con personalidad propia, que proporciona una buena panorámica de la variedad de experiencias europeas con la alimentación. Con ello contribuye a rescatar de la sombra este frecuentemente descuidado y tildado de irrelevante aspecto de la vida humana, y ello en particular por parte de la historia pero también por parte de los estudios culturales. Después de todo, comer y beber se cuentan entre las más importantes necesidades básicas del ser humano, aunque la mayoría de las veces no lo percibamos así hasta el momento en que no pueden ser satisfechas. Ambas dejan su impronta en las sociedades, quizás debido precisamente a que sucede de forma inadvertida, y no lo han hecho únicamente en un pasado lejano, cuando la prosperidad y las privaciones de las civilizaciones dependían de la agricultura y la ganadería, sino que lo siguen haciendo hoy en día. Como ello queda oculto cada vez más por otras cuestiones aparentemente más importantes, es también fundamental que los científicos se ocupen de estos temas.

Precisamente como investigador del tema del hambre tengo grandes ilusiones depositadas en el próximo volumen, que

promete un diálogo sobre la transformación de la alimentación en la Europa de los siglos XIX y XX, cuando la vida de los seres humanos pasó de estar presidida por la escasez y la inseguridad de la comida a otra amenazada por el sobrepeso dentro de una sociedad del exceso. Aparecerá en 2009, y

la espera puede ser amenizada con el presente libro.

**Andreas Exenberger**

Universität Innsbruck (Austria)

(Traducción del alemán

de Miguel Cabo Villaverde)

Andreas Dix y Ernst Langthaler (eds.)

**Grüne Revolutionen. Agrarsysteme und Umwelt im 19. und 20. Jahrhundert [Revoluciones verdes. Sistemas agrarios y medio ambiente en los siglos XIX y XX] (Jahrbuch für Geschichte des ländlichen Raumes 2006)**

Innsbruck, StudienVerlag, 2006, 256 pp.

**E**n la historia agraria en lengua alemana (una visión general en Millán y Sanz Lafuente, 2006) están teniendo lugar actualmente importantes cambios temáticos. Se abren nuevas y complejas perspectivas y se pone en cuestión la supremacía de los paradigmas de historia social hasta ahora predominantes. En primer lugar la sociedad rural ya no se contempla tanto como ‘historia de las estructuras’, sino como el escenario de relaciones sociales y comunicativas en continua transformación, abierto también a las influencias de un mundo cada vez más urbanizado y *medializado* (Trossbach y Zimmermann, 2006). En segundo lugar se perfila un principio según el cual la movilidad demográfica, las relaciones de propiedad locales, las redes de parentesco y las relaciones de intercambio se sitúan en una estrecha conexión, lo cual en parte conduce a enfoques microhistóricos (Fertig 2007; Lanzinger, Saurer 2007). En tercer lugar se

produce un amplio debate sobre los requisitos ‘naturales’ de la producción agraria, sobre la agricultura como sistema ecológico y sobre las consecuencias a corto y largo plazo de formas de producción intensivas basadas en la química, mayormente a gran escala, pero a menudo también en espacios más concretos y reducidos (Sieferle et al 2006; Ditt, Gudermann y Rüße 2001). Resulta evidente que los actuales discursos sobre el cambio climático, la alimentación saludable y la sociedad del riesgo proporcionan un gran impulso a estas líneas de investigación.

El volumen aquí comentado se inserta en este auge de la historia ambiental agraria y a su vez le presta nuevos ímpetus. Ha surgido en el contexto del *Institut für Geschichte des ländlichen Raumes* [Instituto de Historia del Medio Rural] austríaco, que en los últimos años ha reactivado por vías innovadoras la investigación en historia agraria en la Europa Central. Los editores del

volumen pertenecen a dos disciplinas, un hecho revelador sobre los enfoques interdisciplinarios en la historia agraria actual: Andreas Dix a la geografía histórica y Ernst Langthaler a la historia cultural. Esta combinación ya resulta prometedora para el proyecto, puesto que garantiza que no se trata de oponer los ciegos mecanismos de la 'naturaleza' a los intencionados de la 'cultura', sino de investigar la interacción en cada momento de naturaleza, sociedad, cultura y política. Hacer historia ambiental del ámbito rural en el contexto de una producción agraria en modernización durante los siglos XIX y XX significa aquí analizar las influencias de la política en las prácticas agrarias y también los condicionantes impuestos por la naturaleza.

La historia ambiental agraria se interesa por temas como el fundamental de la transformación del paisaje natural en un paisaje cultivado mediante un proceso de domesticación a lo largo de siglos, en lo cual también entran en juego dimensiones estéticas. El presente volumen arranca de la tecnificación radical de la producción agraria, acelerada en las dos últimas décadas y que tiene su origen en las 'revoluciones verdes' de los años cincuenta. La obra establece vínculos entre las ciencias humanas, que contemplan fundamentalmente fenómenos a corto plazo y factores culturales y políticos, y la ecología social, con sus modelos de circuito influidos por las ciencias naturales, que se centran en los efectos a largo plazo en la biosfera. De esta cuestión se ocupa Andreas Dix en su breve introducción. En una contribución complementaria el segundo editor, Ernst Langthaler, su-

braya que los modelos socioecológicos en la historia agraria deben ser desarrollados no sólo en el plano de los sistemas teóricos sino también desde perspectivas centradas en los actores.

Centrémonos ahora en el primer conjunto de artículos, que tienen como objetivo la construcción de modelos ecológicos y la observación de los procesos materiales. Aquí se sitúa en primer lugar el modelo ecológico de la 'colonización', que nos presenta Verena Winiwarter tomando como ejemplo el desarrollo histórico de los invernaderos desde el siglo XVIII. Aquí se trata en realidad de la creación de mundos artificiales aislados, no de producción agraria. Ésta es analizada por Fridolin Krausmann en su artículo 'Del circuito cerrado al flujo', en el cual la modernización agraria en Austria es concebida como un proceso de transformación 'social-ecológica'. Así como en el término 'transformación' está implícita la perspectiva a largo plazo, 'social-ecológico' debería significar que 'sociedad' y 'naturaleza' se conciben como 'sistemas unidos estructuralmente'. Krausmann ilustra este modelo general mediante un diagrama en el cual se muestra cómo 'las estructuras biofísicas de la sociedad' vienen marcadas por un lado por los flujos materiales y energéticos y por el otro por 'variables' culturales, económicas y sociales (pág.17). Como principal punto de inflexión en la historia agraria, enlazando con el mencionado modelo de la colonización y las investigaciones de Rolf-Peter Sieferle, se sitúa el 'cambio de régimen' de un sistema basado en la energía solar a otro basado en energías fósiles. De ser así, cabría objetar

que fases enteras anteriores de reforma y modernización agrarias, como la intensificación y consolidación de la producción agraria mediante nuevos sistemas de cultivo con incremento del factor trabajo o la extensión de los cultivos, serían irrelevantes frente al enorme incremento del uso de energía a partir de 1850-1950. Sin embargo el autor sale al encuentro de derivaciones demasiado contundentes de su tesis principal, como la mencionada, introduciendo una variedad de factores menores. Lo más positivo de su enfoque es que no se da por satisfecho con elaborar modelos, sino que investiga flujos concretos de materiales, para empezar en la agricultura de 1830-1910 que se está tecnificando a un ritmo lento. Tomando como ejemplo tres aldeas austríacas en particular y Austria en general intenta cuantificar los efectos del nitrógeno empleado en ese período sobre la producción de alimentos. En el siglo XX la creciente integración en el mercado, el uso de maquinaria y tecnología y sobre todo el aporte masivo de nitrógeno llevaron a una transformación acelerada de la producción agraria que según su tesis no se habría desencadenado hasta 1950. El autor se adelanta a posibles críticas confesando que otros factores como el uso del tiempo, las formas de empleo y de mercado de la energía o la especialización productiva deberían ser introducidos para mejorar su modelo. Krausmann despide finalmente al lector con la pregunta fundamental de cómo ponderar cada uno de los factores en la relación entre 'naturaleza' y 'cultura' en cada época histórica. Desde luego para Krausmann la 'cultura' tiene un menor peso.

Frank Uekötter en 'La química, el humus y el saber de los campesinos' (p. 102) fija ya en los inicios del siglo XX (sobre todo en la Primera Guerra Mundial) el período de transformación en la historia agraria alemana. Este autor propugna avanzar hacia una 'historia del conocimiento en la agricultura' bien delimitada frente a una historia de las ciencias agrarias en sentido estricto (p. 103). El 'saber' relevante, radicado en parte en la ciencia agraria institucionalizada y en parte en los campesinos, es impreciso y difícil de reconstruir y cada vez sería configurado más claramente por los intereses de la industria. Un ejemplo estratégico es el empleo creciente, hasta alcanzar proporciones masivas, de los fertilizantes, en virtud de actividades de asesoría por parte de la industria. Este artículo es muy oportuno desde la perspectiva de los actuales debates sobre la 'sociedad del conocimiento', resulta innovador y posee un enfoque integrador, pero también el defecto de que sus diferentes factores son tan diversos que a duras penas permiten reconstruir sus complejas interacciones. Con todo, en él se presenta cuantitativamente de manera plausible cómo el uso excesivo y erróneo de fertilizantes mostraron pronto evidentes e indeseadas consecuencias ecológicas. El autor analiza además el personal del '*Establishment* agrícola' a (p.119) y los nuevos expertos agrarios quienes, en el intercambio comunicativo con los campesinos, legitimaron sin fisuras el empleo ecológicamente arriesgado de los fertilizantes.

Es justamente esta instrumentalización recíproca de expertos agrarios y productores

res campesinos la que podía llevar a fracturas conflictivas. En el otoño de 1962 ocho mil campesinos se manifestaron en Göttingen ante las puertas del Instituto universitario de economía agraria porque en su (fundada) opinión los nuevos modelos económicos y ecológicos imperantes en las ciencias agrarias conducían a un fortalecimiento de la agricultura a gran escala y a la destrucción del pequeño campesinado. Las protestas se desarrollaron en el marco de la reformada ordenación de mercado en la Comunidad Económica Europea, y las estudia Jürgen Büschendorf en su artículo sobre fitopatología y praxis agrícola en Alemania tras la Segunda Guerra Mundial. Los científicos y expertos se negaban a reconocer en esa época que el empleo masivo de plaguicidas como el DDT tenía considerables efectos negativos en el agua, el suelo y el aire. Cuando los mecanismos de desarrollo de resistencias ya no pudieron ser ignorados, se aplicó una estrategia de incremento de la toxicidad y la persistencia, pero ni los científicos ni los expertos agrarios ni los campesinos comprendieron las consecuencias en última instancia de la fatal dinámica del uso de insecticidas y el número cada vez mayor de ‘insectos dañinos’ (p.147) identificados.

El segundo eje temático del volumen analiza las influencias políticas sobre la producción agraria y las condiciones-marco institucionales de la agricultura y la silvicultura. Se afronta también la superación de los riesgos en la producción y el papel funcional y comunicativo de los expertos agrarios. Primeramente, Frank Oberholzner muestra a través del ejemplo

del seguro contra el granizo en Baviera a partir de 1884 cómo los nuevos modelos de seguro y las reformas institucionales llevaron a una limitación de riesgos más efectiva. Gracias a los seguros los productores se hicieron un poco más autónomos con respecto al siempre acechante poder de la naturaleza, si bien esa mayor autonomía en la práctica agraria no es objeto de estudio en el artículo.

También Peter Moser trata la relación entre política, la configuración de instituciones y las condiciones de producción naturales, mostrando a través del ejemplo de Suiza cómo a partir de 1914 las mejoras en las semillas realizadas en institutos estatales de investigación acabaron por imponer qué intereses lograban una posición dominante y cómo a partir de los años noventa se produjo una privatización parcial de la investigación sobre genética vegetal.

Gloria Sanz Lafuente muestra en ‘Naturaleza, economía y nacionalismo’ (p.88) cómo durante la dictadura franquista, en concreto en el período 1939-1960, los ingenieros forestales se encontraron en una situación altamente conflictiva. Por una parte debían planificar de manera más efectiva la producción y por otra asegurar el mantenimiento del bosque. Por un lado se veían a sí mismos como expertos públicos, con un concepto relativamente amplio de naturaleza, reconociendo la utilidad de los bosques para los habitantes de las ciudades y la necesidad de una explotación forestal sostenible. Por otro lado se trataba de una repoblación masiva dirigida contra los municipios y la agricultura tradicional.

Arnd Bauerkämper aporta un estudio panorámico extraordinario repleto de información sobre la legitimación de la modernización agraria forzada en ambos Estados alemanes entre 1949 y 1990. En contraste con la colectivización en la República Democrática Alemana (DDR), en la República Federal se consolidó la imagen de una 'agricultura familiar campesina'. Resulta paradójico que el ritmo de modernización en el Oeste fuese mayor que en el Este, que se presentaba como un régimen modernizador. El autor demuestra que la República Federal desde los años ochenta se reveló más moderna que su antagonista, al no permitir el régimen de la DDR un tratamiento público de los daños de la modernización agraria.

Complementando este trabajo, Rita Gudermann se ocupa de la relación entre ciencias agrarias y protección del medio ambiente en la Alemania del Este, a través del genetista y científico agrario Hans Stubbe. Éste había comenzado su carrera ya bajo el Nacionalsocialismo y en la RDA acabó convirtiéndose en un científico agrario con influencia política y capacidad decisoria. Stubbe personificaba la contradicción entre la investigación agraria productivista y las exigencias de la protección de la naturaleza. Se encontraba en una situación en la cual a nivel local podía posicionarse simultáneamente en defensa del paisaje natural y de los proyectos de mejora. El artículo prueba así, como el de Sanz Lafuente, la forma contradictoria en que los expertos en agricultura y naturaleza configuraban sus papeles sociales.

En conjunto, *Grüne Revolutionen. Agrarsysteme und Umwelt im 19. und 20 Jahrhundert* se presenta como todo lo contrario de doctrinal o autosuficiente, como abierto al debate y en ocasiones mordaz y agresivo no en el tono, sino en la argumentación. Obviamente un único volumen no puede colmar la brecha existente necesariamente entre modelos del desarrollo agrario centrados en los actores y modelos 'socialecológicos'. No obstante, dicha brecha se plantea y sobre ella se reflexiona aquí de forma creativa, sugerente e informativa. La mayor parte de los autores se sitúan lejos de un enfoque cuantitativista, a pesar de que hoy en día la historia ambiental, por su cercanía a la historia económica y a las ciencias naturales, le otorgue al mismo mayor importancia que la historia agraria. Cabe preguntarse sin embargo si en todo ello no se ha marginado en exceso la ya clásica cuestión del espacio comunicativo y el fin social de la producción.

**Clemens Zimmermann**

Universität des Saarlandes

(Traducción del alemán  
de Miguel Cabo Villaverde)

## REFERENCIAS

- DITT, K., GUDERMANN, R., RÜSSE, N. (eds.) (2001): *Agrarmodernisierung und ökologische Folgen. Westfalen vom 18. bis zum 20. Jahrhundert*, Paderborn, Ferdinand Schöningh Verlag.
- FERTIG, G. (2007): *Äcker, Wirte, Gaben. Ländlicher Bodenmarkt und liberale Eigentumsordnung im Westfalen des 19. Jahrhunderts*, Berlin, Akademie Verlag.

- LANZINGER, M., SAURER E. (eds.) (2007): *Politiken der Verwandtschaft. Beziehungsnetze, Geschlecht und Recht*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht Unipress.
- MILLÁN GARCIA VARELA, J., SANZ LAFUENTE, G. (eds.) (2006): *Sociedades agrarias y formas de vida. La historia agraria en la historiografía alemana, siglos XVIII-XX*, Zaragoza, Prentas Universitarias (SEHA, Monografías de Historia Rural, 4).
- SIEFERLE, R. P., KRAUSMANN, F., SCHANDL H., WI-NIARTER V. (2006): *Das Ende der Fläche. Zum gesellschaftlichen Stoffwechsel der Industrialisierung*, Köln, Böhlau Verlag.
- TROSSBACH, W., ZIMMERMANN, C. (2006): *Die Geschichte des Dorfes. Von den Anfängen im Frankenreich zur bundesdeutschen Gegenwart*, Stuttgart, Eugen Ulmer Verlag.

Penelope Francks

### **Rural Economic Development in Japan. From the nineteenth century to the Pacific War**

Londres y Nueva York, Routledge, 2006, 312 pp.

Este libro presenta, de manera clara y concisa, la historia agrícola integral y la política de desarrollo rural de Japón de fines del siglo XIX hasta 1945, sobre la base de una revisión crítica de enorme cantidad de información acumulada en este campo de estudios dentro y fuera del país.

En las décadas de 1950 y 1960, la agricultura japonesa llamaba la atención de los estudiosos y responsables de la planificación económica interesados en resolver el atraso económico de los «nuevos estados independientes», o el impacto negativo sobre el sector agrario a la transición a la economía industrial, como un caso de éxito en la transición de lo rural a lo industrial<sup>1</sup>.

Si hay un renovado interés hacia la agricultura japonesa en la actualidad es a causa de la persistencia de la pobreza rural y la creciente disparidad entre el sector moderno tecnificado y el tradicional campesino en actividades agrícolas bajo la política económica neoliberal, que privilegia al sector empresarial a gran escala en muchos países agro exportadores, con una nueva perspectiva de la escasez alimentaria. Otro motivo para prestar atención a la experiencia japonesa es la nueva conciencia social sobre el medio ambiente y la seguridad alimentaria, y sobre el papel que pequeños productores rurales multifuncionales puedan jugar en la conservación del medio ambiente y la cultura alimentaria, como se plantea en la

1. Por ejemplo, Cynthia Hewitt, investigadora de la economía rural, sugería, en la introducción de su libro de 1978 examinar la experiencia japonesa en la política agrícola favorable hacia los pequeños productores campesinos para la solución del estancamiento económico que sufría el agro mexicano a partir de mediados de la década de 1960 como consecuencia de atender preferentemente al sector agro empresarial.

nueva Ley Fundamental sobre Agricultura y Alimentación de Japón en 1999.

Para iniciar el volumen, la autora revisa críticamente la teoría de desarrollo rural. Señala que los modelos de desarrollo rural otrora en boga, por ejemplo, el de Arthur Lewis, que se construía, partiendo de la experiencia británica, sobre el presupuesto de que los pequeños productores campesinos desaparecen a medida que avanzan la industrialización y la producción comercial en el campo, no siempre se verifican y en muchos casos estas unidades productivas muestran gran capacidad de adaptación y viabilidad en las condiciones del mercado actual. En realidad, hay una divergencia muy importante del modelo clásico como para sostener que hay vías alternativas hacia la industrialización. Desde este nuevo enfoque, la historia agrícola-campesina de Japón adquiere un nuevo interés, señala la autora.

*Rural economic development* está dividido en tres partes. La primera presenta el proceso de desarrollo rural en el siglo XIX que es la última etapa del shogunato Tokugawa y las primeras décadas bajo el nuevo régimen de Meidi. La autora sostiene la necesidad de ver este período como un proceso continuo a pesar de la apertura de los puertos y la reestructuración drástica, en algunos casos, de la producción agrícola independientemente de la ruptura en la historia política. La segunda abarca desde la década de 1890 hasta la de 1920 en que se llevó a cabo la industrialización y la mi-

gración de buena parte de la población rural hacia los centros urbanos, sin afectar sustancialmente las características de la economía rural y la relación del sector campesino con el Estado. La tercera trata el período entre las dos guerras mundiales, en las que Japón participó. Cada parte se estudia para explicar el desarrollo de la etapa que sigue y, por tanto, la tercera parte explica el desarrollo agrícola de la postguerra y de la actualidad.

En la primera parte, en particular en el capítulo 3 «La economía rural y unidad doméstica», se presenta la tesis de la economía de la unidad doméstica diversificada (*fukugoo keiei*) como clave para la estrategia de persistencia y adaptación del campesinado japonés a las condiciones externas cambiantes sobre la base de las condiciones internas precarias con la limitación de la tierra y el capital. La multifuncionalidad flexible de la unidad doméstica, complementada con la organización comunitaria de autogestión (*mura*), permitirá sobrevivir a pequeños productores campesinos en medio de grandes cambios en el régimen de propiedad, en la estructura del mercado y los tipos de cultivo, y en la organización político-administrativa. Basándose en la tesis de Jayami (1970) sobre la «revolución industrial»<sup>2</sup>, destaca el surgimiento del sistema agrícola japonés a principios del siglo XVIII en ciertas zonas más desarrolladas en que se combinan distintas técnicas para hacer productiva una pequeña unidad campesina: combinación de

2. JAYAMI (1970) contrasta el desarrollo rural japonés del siglo XVIII, intensivo en mano de obra e insumos en una extensión limitada de tierra, con el desarrollo rural inglés extensivo, que busca abar-

cultivos y su rotación, uso intensivo de biofertilizantes, distribución de tareas a lo largo de año para cubrir con la mano de obra disponible. Este sistema se difunde a lo largo del siglo, y en dependencia del acceso al mercado y subempleo, cada unidad doméstica complementa con ingresos de empleo fuera o de actividades extra agrícolas, haciendo mejorar en general el nivel de vida rural hacia comienzos del siglo XIX.

Al analizar los cambios políticos y las reformas de Meidiy, Francks examina tanto las políticas del Estado hacia el sector agrícola como las respuestas campesinas a estas medidas. Al contrario de la opinión común que destaca el sacrificio del sector agrícola por el Estado modernizante, considera que en comparación con muchos casos del «Tercer mundo,» en el Japón de entonces operó un «círculo virtuoso» donde la pequeña producción campesina o artesanal se complementaba con el sector moderno industrial como proveedores de insumos o bienes de consumo para la población urbana en expansión. El gobierno, que al principio intentó adoptar una política agrícola basada en el modelo euro-americano de mecanización y economía de escala, reconoció gradualmente el valor de los pequeños productores y su experiencia técnica y organizativa acumulada por más de un siglo de desarrollo agrícola y agroindustrial, gracias al esfuerzo de funcionarios como Maeda Masanao, quien conoció la práctica agrícola en Occidente y la realidad del campo japonés. Hacia finales

del siglo XIX, la política de desarrollo se revisó hacia la incorporación del sector rural campesino o artesanal.

En la segunda parte se examina el desarrollo rural a partir del despegue industrial en la década de 1890 hasta el boom económico durante la primera guerra mundial y la depresión de la postguerra. El principal interés de esta parte se concentra en ver los efectos de la industrialización, la migración rural-urbana de mano de obra y la formación del imperio colonial sobre la economía rural. La autora destaca la exitosa adaptación de la economía campesina a las condiciones del crecimiento de la demanda urbana para bienes de consumo, en particular del arroz, y para insumos industriales y mercado exterior. Considera que el mantenimiento del estilo de vida y gusto específico para el consumo cotidiano de los ciudadanos, a pesar de la urbanización o internacionalización, es el factor primordial que explica la conservación del mercado para productos rurales no agrícolas, cuya venta complementaba la economía agrícola. Para ilustrar la importancia de la persistencia del gusto se examina el movimiento de la producción y consumo del arroz. En este período, el porcentaje del arroz en el total de consumo de granos prácticamente no cambia. El aumento de consumo del arroz doméstico rebasaba el aumento de su producción. El arroz importado de las colonias (Taiwan y Corea) cubre la diferencia, incrementándose notoriamente durante la Primera Guerra y a

---

car cada vez mayor extensión de tierra con uso de menos mano de obra y más animales y maquinaria que resulta en la revolución industrial.

partir de los Motines del arroz de 1918, que mostraron claramente la vulnerabilidad del sistema alimentario e hicieron que el gobierno incrementara la importación del arroz desde las colonias y adoptara la política de autosuficiencia imperial, fomentando el cultivo del arroz en las colonias. El arroz importado era más barato, pero no desplazó del todo al doméstico por la preferencia de los consumidores por el arroz *nipponica*, emblemático para los pequeños productores japoneses.

En este período cambian las relaciones entre el campesinado y el Estado moderno. Ante la resistencia tácita o manifiesta del campesinado al reordenamiento político y socio-económico, el gobierno opta por incorporar las organizaciones rurales como *mura* (comunidad), *wakamono nakama* (organización de jóvenes), *suiri kumiai* (unión para uso del agua) y otras, dándoles un estatus formal. Y en la política agrícola, revisa la postura de la transición a la agricultura empresarial de escala, *dainoo-ron*, a la que coloca en la pequeña producción campesina multifuncional como la base de desarrollo rural, *shoonoo-ron*, defendida por Yokoi Tokiyoshi y seguidores. Así deja a un lado la mecanización y promueve el uso de agroquímicos y la fitotecnia como la tecnología afín a las experiencias técnicas campesinas previas. Entonces la política de fomento agrícola se dirigía directamente hacia los productores campesinos, propietarios y arrendatarios, y el papel de los terratenientes disminuía a medida que éstos se convertían en rentistas absentistas.

La tercera parte examina el período

entre las dos guerras mundiales. Con el desarrollo de la industria pesada y química y la expansión de nuevas ramas de servicios de transporte y comunicación, el sector agrícola comienza a rezagarse en términos de productividad e ingreso familiar. Ante esta situación, los campesinos reforzaron su respuesta tradicional de combinar múltiples actividades agrícolas, no-agrícolas rurales y empleo fuera del sector rural, temporal o permanente, y obtienen resultados hasta cierto punto satisfactorios. Sin embargo, las fluctuaciones económicas propias de la economía capitalista afectan al sector, y la producción de productos de «lujo», como lácteos y frutas, o para la exportación, como seda, en busca de un mayor valor agregado, hacía más vulnerable al campesinado ante una depresión. El empleo no agrícola como complemento del ingreso de la unidad doméstica preferido por la población agrícola ubicó a los trabajadores rurales en una posición laboral precaria, ya que son los primeros en ser despedidos cuando se presentaba la recesión. La Gran Depresión de 1929 a 1931 afectó severamente a la agricultura japonesa y, en combinación con las condiciones climáticas adversas, prolongó los efectos negativos hasta mediados de la década de 1930.

En este período surgió *el problema rural*, que quedó grabado en la conciencia social, proporcionando legitimidad a la demanda campesina de atención gubernamental y social, apoyándose en la tesis *Noojonshugui*, según la cual la agricultura es la base de la sociedad. En la sociedad rural, pero también en la sociedad en general sometida a los cambios radicales económicos, sociales

y culturales bajo el desarrollo capitalista, surgió la corriente de pensamiento que idealizaba la vida campesina como el baluarte de la virtud nacional, más allá de su papel en la producción. Por la línea establecida en la etapa anterior, el gobierno adopta la política de apoyo a los productores rurales; promueve organizaciones rurales de productores para hacer frente a los vaivenes de la economía de mercado, proporciona créditos accesibles para la compra de insumos, para las infraestructuras y para difundir nuevas tecnologías y métodos de administración; y apoya el precio del arroz mediante la instauración del Sistema de Control Alimentario *Shokkansei* para garantizar un ingreso digno a las unidades domésticas rurales. Estas medidas promovidas por el Ministerio de Agricultura y Comercio reforzaron el vínculo entre el gobierno y los pequeños agricultores comerciales, líderes de la población rural, preparando el terreno para la participación campesina entusiasta en los proyectos de Estado como, por ejemplo, la emigración a las colonias a partir de mediados de la década de 1930. En menos de una década, antes de la derrota en 1945, más de un millón de campesinos se asentaron en Manchuria. El fortalecimiento de la autosuficiencia alimentaria doméstica o imperial, así como la política pro-emigración, eran bienvenidos por el Ejército, que incrementó su influencia sobre el gobierno a partir de la invasión a Manchuria en 1931, hasta llegar a controlarlo casi totalmente. El romanticismo pro agrario, como ideología crítica hacia el capitalismo y la civilización urbana, tendió un puente al sector militar anti-occidental,

tecnocentrista y expansionista para la colaboración de los campesinos pilares. Éstos pusieron al servicio del Estado su liderazgo e influencia en las comunidades cooperativas para la movilización totalitaria de la población rural con fines de guerra. Bajo el manto del Ejército se experimentaba la transferencia de la cultura campesina en el continente, estableciendo aldeas hijas de muchas comunidades japonesas.

Esta ventajosa alianza bajo las condiciones de la guerra proporcionó a los cultivadores medianos el control real de la tierra y el acceso a la tecnología y organización; promovió su estatus político como dirigentes campesinos; y mejoró el ingreso familiar rural, aunque para las mujeres significó hacerse cargo tanto del hogar como de las actividades agrícolas, mientras los hombres eran movilizados al frente. La misma alianza, sin embargo, hizo cada vez mayor la dependencia de los productores campesinos del subsidio del Estado para mantener un nivel de ingreso comparable con el industrial y cada vez más fuerte su incorporación ideológica al proyecto de Estado totalitario. Según la autora, las experiencias de este tercer período demuestran hasta qué punto el mantenimiento de las comunidades cooperativas de pequeños productores rurales dentro de una economía industrial depende del apoyo y los subsidios gubernamentales.

Al desmantelarse el Estado totalitario y expansionista, el modelo de colaboración Estado-campesinado persistió durante más de medio siglo después de la derrota, proporcionando a la población rural una prosperidad nunca conocida y a la población

urbana no sólo una dieta distintiva sino también una visión del campo que desea ver y está dispuesta a pagar por ella, a pesar de la fuerte dependencia de los subsidios gubernamentales y la poca atracción para los jóvenes, especialmente para las jóvenes, de quienes requerían un mayor esfuerzo, lo que quizá ha sembrado la semilla de su futura destrucción (p.282).

La obra está escrita en un lenguaje claro y a pesar de integrar muchos factores en un período histórico de grandes cambios logra presentar el proceso en una narrativa comprensible. La recapitulación y reiteración de los puntos clave en las conclusiones parciales de capítulos y al final de cada parte son de gran ayuda. Tanto por el tema abordado como por la solidez de su fundamentación, basada en amplias fuentes primarias y secundarias, considero que es un libro de texto indispensable para los que aspiran a conocer la historia del campo

japonés. Es también recomendable para el lector de política agrícola interesado en el lugar de los pequeños productores rurales en el proceso del desarrollo económico. Desearía verlo pronto en una versión en español.

**Michiko Tanaka**

El Colegio de México

#### REFERENCIAS

- HEWITT, C. (1978): *La modernización de la agricultura mexicana, 1940-1970*, México, Siglo XXI.
- JAYAMI, A. (1970): «Agricultural Productivity at the beginning of industrialization», en OHKAWA, JOHNSON Y KANEDA (compls.), *Agriculture and Economic Growth: Japan's Experience*, Princeton UP, pp.105-135.

Jean-Luc Mayaud

### **Gens de l'agriculture. La France rurale, 1940-2005**

Éditions du Chêne-Hachette Livre, 2005, 312 pp.

**L**as sociedades contemporáneas tienen en la fotografía un poderoso aliado como transmisor de los acontecimientos. Junto a la prensa escrita y el cine, la fotografía forma parte del universo visual que sustenta a los medios de comunicación de hace más de un siglo. Tras su invención en 1822 y el fuerte desarrollo a partir de 1839, fecha del primer daguerrotipo que se conserva, la fotografía se ha convertido en un excelente do-

cumento para el historiador. La ingente cantidad de imágenes realizadas por fotógrafos profesionales, viajeros y hasta aficionados en los siglos XIX y XX ha permitido que la fotografía sea uno de los mejores instrumentos para la recuperación de la memoria histórica. La obra reseñada constituye un buen ejemplo para el caso de la historia agraria francesa.

El libro *Gens de l'agriculture*, de Jean-Luc Mayaud, forma parte de una colección

dedicada a reflejar los cambios socioeconómicos y culturales a través de la fotografía en Francia desde finales del siglo XIX. Dedicado a los cambios agrarios producidos desde la Segunda Guerra Mundial hasta el impacto de la actual globalización, es continuación de otro libro anterior de la misma editorial sobre el mundo rural galo entre la gran depresión finisecular y la ocupación nazi, titulado *Gens de la terre: La France rurale de 1880 à 1940* (Mayaud, 2002). A los historiadores agrarios y lectores de esta revista les podría interesar otros divulgados en la misma colección de fotohistoria –*Histoire et actualité*– que han reflejado las transformaciones en la vida de las gentes del mar (Bellec, 2001), de las escuelas y la educación (Luc y Nicolas, 2006), de las mujeres (Ripa, 2007) y el dedicado a la arquitectura campesina y el pequeño patrimonio rural (Repérant y Trochet, 2006) en la colección *Patrimoine* de Hachette.

Aunque el interés por la fotografía no es reciente, en los últimos tiempos se ha incrementado su valor como recurso didáctico para la difusión del conocimiento y para la investigación histórica. El uso de materiales visuales y sonoros (fotografías, imágenes, filmes y grabaciones de sonido, entre otros) y su integración en soportes digitalizados están adquiriendo un enorme valor entre los historiadores y en general en la comunidad científica. La contribución de los archivos, museos e instituciones en el inventario, catalogación y difusión de dichos materiales ha sido decisiva desde la década de 1980, y permite que la fotografía se convierta en un verdadero documento social y

etnográfico. En este libro las principales fuentes visuales provienen del ministerio francés de Agricultura, complementadas con las del Museo de Artes y Tradiciones Populares y los fondos del *Institut National de la Recherche Agronomique*. El autor señala el destacado papel de dos grandes agencias parisinas de fotografía: Roger-Viollet y Keystone. En un adecuado equilibrio cronológico y geográfico se presentan casi 430 clichés que cubren un periodo fundamental para la historia de la agricultura francesa. Todas las fotografías vienen acompañadas de extensos comentarios que ayudan a contextualizarlas y hacen que el libro sea ameno e interesante para un público no especializado.

Organizada en seis grandes apartados, la obra se compone de quince capítulos, acompañados de textos introductorios y comentarios a pie de foto. El resultado no ha podido ser más sincrético. Con la adecuada dosis de información y las 430 imágenes aportadas se visualizan los cambios acontecidos en la Francia rural desde 1940, que afectan a sus actividades económicas y modos de vida. Una etapa de enormes mutaciones, de metamorfosis técnicas, calificada por unos de ‘revolución silenciosa’, pero no por ello ausente de movilizaciones y protestas de las organizaciones agrarias, como recuerda el autor. Revolución que finalmente también afectó a la esfera doméstica y familiar. Es sugerente el interrogante final sobre el fin del campesinado en las sociedades actuales.

En algo más de medio siglo, el libro contempla cómo la agricultura francesa conoce un desarrollo sin precedentes, conso-

lida su autosuficiencia alimentaria y contribuye con sus exportaciones al crecimiento económico. Los agricultores pasan a ser profesionales en un contexto masivo de motorización, mecanización y modernización tecnológica de las explotaciones agrarias, que ven aumentar su tamaño medio de forma significativa. La pequeña explotación campesina no desaparece pero deja de ser relevante como lo había sido desde la época de la revolución Francesa, quedando abandonadas las tierras menos productivas. Con ello se reduce el número de campesinos y se acelera la salida del campo de las poblaciones no agrícolas. El aumento de la producción agraria por la 'revolución verde', expresión más universal de un modelo intensivo de producción exitoso en otras partes del mundo desarrollado y en vías de desarrollo, alcanza en Francia niveles de sobreproducción que son soporados o atajados tempranamente por el desarrollo del cooperativismo y elevados costes ambientales que se vislumbran con crudeza a finales del siglo xx. El caso de las vacas locas es elocuente, por citar un asunto que trascendió las barreras galas.

El libro refuerza el papel del cliché y en general de cualquier material fotográfico como documento histórico. Es un excelente libro que ofrece una perspectiva histórica y etnográfica de la agricultura francesa y de la Francia rural. Como lector español echo en falta algunas imágenes sobre la contribución de los inmigrantes y en particular de la inmigración española. No hay nada sobre este fenómeno, que ha sido significativo en los países que transitan desde la agricultura tradicional a la agri-

cultura moderna. Como sabemos desde la otra orilla de la frontera y como afectados, la inmigración fue importante desde la primera Guerra Mundial y decisiva en los años de la etapa dorada del crecimiento europeo, desde 1950/60 a 1973-75. Incluso posteriormente y hasta finales del siglo xx, miles de trabajadores españoles se desplazaron a los campos franceses a trabajar en la vendimia; su visibilidad, la de los inmigrantes en general, hubiera dado una visión más rica de las transformaciones en la Francia rural. Con todo, el libro es excelente y recomendable para la docencia, la documentación y para los amantes de la fotografía histórica.

Ejemplos como los de este libro y esfuerzos como los que realiza la editorial gala deberían acometerse en muchos otros ámbitos y territorios, estando necesitado el caso español, pese a algunas tentativas y recientes muestras, por lo general locales. Creo que estamos en condiciones de poder llevar a cabo libros como éste que documentan visualmente las transformaciones de una sociedad rural que hasta hace unas décadas persistía con formas y hasta valores de hace más de un siglo. Y sobre todo porque los cambios producidos en los últimos tiempos han sido brutales. Este libro y en general los de esta colección nos revela la grandeza de la imagen como instrumental para nuestro quehacer como historiadores de la contemporaneidad o del tiempo presente.

**José Miguel Martínez Carrión**

Universidad de Murcia

## REFERENCIAS

- BELLEC, F. (2001): *La France des gens de mer*, Éditions du Chêne-Hachette Livre.
- LUC, J.-N. Y NICOLAS, G. (2006): *Le Temps de l'école. De la maternelle au lycée: 1880-1960*, Éditions du Chêne-Hachette Livre.
- MAYAUD, J.-L. (2002): *Gens de la terre: la France rurale de 1880 à 1940*, Éditions du Chêne-Hachette Livre.
- REPÉRANT, D., TROCHET, J.-R. (2006): *La France rurale: maisons paysannes et petit patrimoine*, Éditions du Chêne-Hachette Livre.
- RIPA, Y. (2007): *Les Femmes en France: de 1880 à nos jours*, Éditions du Chêne-Hachette Livre.

Tobias Plieninger

### **Las dehesas de la penillanura cacereña. Origen y evolución de un paisaje cultural**

Cáceres, Universidad de Extremadura, 2006, 197 pp.

**A**firma su autor que este libro es «una síntesis de los resultados de estudios publicados individualmente entre 2001 y 2006 y que se derivan del periodo de doctorado» (Plieninger, 2006: 18). El autor resume en cuatro apartados las cuestiones tratadas en las publicaciones previas, ahora reunidas en el libro: 1. *¿Qué valores biológicos y culturales justifican la protección de las dehesas?* 2. *Desde el punto de vista histórico, ¿cómo se han creado las dehesas y qué evolución espacial y temporal han experimentado en los últimos 300 años?* 3. *¿Qué dimensión tiene el problema de la regeneración y cuáles son las interacciones entre el pastoreo, las labores agrícolas y la regeneración forestal?* 4. *¿Cómo actúan los gestores de las dehesas con respecto a la protección de la naturaleza y la regeneración arbórea?, ¿qué valoran de las dehesas y qué puntos de vista adoptan respecto a las mismas?* (pp. 18-19).

En el libro ciertamente se han tratado las múltiples cuestiones enunciadas, si bien las novedades aportadas sobre cada uno de los temas analizados son notablemente desiguales, y creo que son los temas desarrollados en los puntos 2 y 3 donde se aprecian con claridad los resultados más brillantes de las investigaciones del autor, y las aportaciones que más me interesa resaltar en esta reseña crítica.

No creo que los resultados del análisis sociológico de la encuesta a los propietarios y las efímeras referencias a la economía de las dehesas expuestas alcancen el rigor metodológico exigible a una publicación universitaria, y en todo caso sus descripciones es dudoso que aporten algún matiz nuevo al conocimiento ofrecido por la bibliografía disponible sobre estos temas de sociología, economía y política en las dehesas de Monfragüe y su entorno próximo<sup>3</sup>.

3. Me sorprende que el autor no las haya utilizado en su mayor parte durante la preparación de los artículos publicados, ni en la revisión en 2006 de los artículos para compilarlos en el libro.

Me centraré en mis comentarios críticos en resaltar los méritos del libro en relación a las aportaciones sobre el proceso de creación y destrucción del arbolado de las dehesas en dos términos municipales de la comarca cacereña de Monfragüe (Monroy y Torrejón el Rubio) y el estudio de la dinámica demográfica del arbolado de encinas de un grupo de dehesas. No obstante, debo llamar la atención del lector sobre el excelente prólogo de dos páginas firmado por los profesores de la Universidad de Extremadura Fernando Pulido y Santiago Zapata.

Plieninger ha desarrollado una notable investigación de campo en Extremadura entre 1997 y 2004 (p. 28), orientada por los investigadores Fernando Pulido y Santiago Zapata, especialistas de acreditado prestigio en los campos de la gestión forestal y la historia de las dehesas extremeñas, respectivamente. El prólogo escrito para esta ocasión por Pulido y Zapata es ilustrativo de la relevancia y la dimensión histórica del *problema forestal* desde el mismo momento de la *fundación* de la dehesa, que Plieninger describe y cuantifica en los capítulos de su libro para los dos casos de estudio analizados. Reproduzco aquí una cita del prólogo de Pulido y Zapata en donde se hace una magnífica caracterización de la gestión histórica y los cambios actuales de las dehesas: «*Desvanecidos* los usos cerealistas y forestales, durante los años setenta y ochenta del pasado siglo [XX] las dehesas se enfrentaban a la necesidad de una *mejora* productiva principalmente basada en el aumento de los recursos para el pastoreo, auspiciada por la

Ley de la Dehesa [1986] y más tarde incentivada por las primas de la Unión Europea. Muchas dehesas, que habían soportado ya décadas y siglos de aprovechamiento continuado, vieron acelerado por ello *el final de su ciclo forestal*, quedando dominadas por escasos árboles de aspecto decrepito. Se trataba de un viejo problema que los gestores habían venido aplazando pero *cuya solución ya no admitía demoras*. Paradójicamente, la entonces *emergente apreciación de los valores ambientales* de las dehesas, que muchos consideraban un *modelo de desarrollo paradigmático*, parecía contradecir esa *otra visión, menos popular pero más reflexiva*, de un *ecosistema exhausto*» (Pulido y Zapata, cit. en p. 13) (mis cursivas).

Siguiendo la estela doctrinal de los profesores Pulido y Zapata, Plieninger nos presenta a lo largo del libro esa *otra visión* de la dehesa como *ecosistema exhausto*, en contraposición a quienes, poco dados a mostrar (y asumir) los datos de campo, nos describen su intuitivo *modelo de desarrollo paradigmático* para referirse a la historia y el presente de la gestión forestal de la dehesa: «el gran *dilema* actual de la dehesa: el pastoreo y el laboreo, que han creado y sostenido la dehesa en su típica estructura semiabierta (característica de las sabanas), no parecen compatibles con la regeneración del estrato arbóreo. En consecuencia, se formulan propuestas con el fin de armonizar los aprovechamientos agrarios con la regeneración del encinar, entiendo éste como pilar fundamental del valor ecológico y cultura de las dehesas» (p.18) (mis cursivas).

Plieninger se atiene en su investigación cuantitativa de la evolución del arbolado de la dehesa a una concepción exclusivamente referida a su superficie arbolada, alejándose de la concepción popular (y también de la Real Academia de la Lengua Española) que acepta como dehesas a todas las superficies dedicadas a pasto, incluyendo a los matorrales y pastizales desarbolados del oeste y sudoeste de la España peninsular: «Como dehesas fueron definidas las superficies con una densidad arbórea de entre 5 y 80 árboles por Ha [hectárea]» (p. 31).

La gestión forestal de la dehesa es analizada aplicando métodos cuantitativos apropiados para el análisis de los cambios recientes en las superficies arboladas y la espesura de los encinares de Monroy y Torrejón (Capítulo 9). Una vez constatada la disminución de la espesura arbórea, el autor busca una explicación dinámica del problema de la regeneración natural de las encinas y sus vínculos históricos con el laboreo y el pastoreo (Capítulo 10). Plieninger ha hecho un uso prudente y acertado de una combinación de fuentes que los historiadores suelen utilizar por separado, de las que ha obtenido una novedosa perspectiva del muy largo plazo de los terrenos adeshados de los municipios de Monroy y Torrejón el Rubio. El análisis de las espesuras y edades de las encinas en las fincas y cunetas de la carretera le llevan a concluir que la presencia permanente de ganado en intensidades compatibles con su explotación económica imposibilita la regeneración natural del pastizal arbolado: «en las dehesas, la regeneración sólo es compatible

con índices de pastoreo muy bajos [sin interés económico]. Parece que cualquier índice de pastoreo que no sea bajo hace el mismo daño a la regeneración» (p. 134).

La política de subvenciones de la Unión Europea desde el inicio de los años ochenta del siglo pasado a las especies bobina, ovina y caprina ha favorecido que se alcancen máximos históricos del censo de ganado de la dehesa, y si bien este auge ganadero puede haber agravado la falta de renuevo del encinar, en su esencia el problema es la gestión histórica de la dehesa: «el problema de la regeneración se ha acelerado en los últimos años, aunque no existen datos específicos que ilustren la evolución temporal de la situación. Sin embargo, mientras no existan modelos demográficos que prevean el número de juveniles y árboles jóvenes necesarios para conservar la masa arbórea con su densidad actual, no se puede excluir la posibilidad de que la falta de formas juveniles y encinas jóvenes observada pueda conducir a la futura desaparición de la cubierta arbórea» (p. 130).

La intuición de Plieninger es que un pastoreo permanente muy bajo no es compatible con la economía de la ganadería extensiva de las dehesas: «es de suponer que, en caso de reducir la presión ganadera, la mayoría de las explotaciones ganaderas *dejarían de ser rentables*» (p. 154) (mis cursivas).

Pero tanto la economía, como la variedad natural, la diversidad cultural y el monte hueco de las dehesas se verían amenazados con un pastoreo muy bajo: «En el libro se pone de manifiesto que el aprovechamiento agrario tradicional ha enrique-

cido considerablemente la biodiversidad del paisaje, de modo que también se puede hablar de una extraordinaria diversidad cultural en las dehesas» (p. 18).

En otras palabras, sin una continuada intensidad de pastoreo de interés económico se reduciría la superficie actual del monte hueco de las dehesas, y este último se iría transformando en nuevas superficies de chaparral espeso y/o matorral. En términos técnicos, esta dependencia de la práctica del pastoreo de interés económico para que pueda desarrollarse el monte hueco de la dehesa tiene una solución relativamente fácil, analizada por otros autores (cuyas referencias se omiten), como es la exclusión temporal al pastoreo de las parcelas en proceso de regeneración: «Considerando un periodo de tiempo de 25 años y una supervivencia media de la encina de 200 y 300 años se deberían dejar en regeneración entre el 8,3% y el 12,5% de la superficie productiva. Las hierbas y el matorral invasivo que compiten con la regeneración de la encina podrían ser frenados mediante pastoreo controlado o la eliminación mecánica... A favor de este sistema de descanso temporal del aprovechamiento por zonas, habla su *gran eficiencia económica*, la elevada eficacia con la que se desarrolla la regeneración y su fácil integración en el sistema de aprovechamiento de la dehesa» (p. 153) (mis cursivas).

En la comarca de Monfragüe el pastoreo de interés económico también se está incrementando desde hace algunas décadas por la contribución de las especies cinegéticas, representadas principalmente por el ciervo y el jabalí. Pero estas especies perte-

necen a la economía de *lujo* de las dehesas: «una determinada expansión de las zonas cinegéticas puede eventualmente estimular un fino y heterogéneo mosaico paisajístico con dehesas y zonas de vegetación más densa de mayor diversidad estructural, razón por lo que puede ser *al menos tolerada*» (p. 154) (mis cursivas).

La caza aparece como una actividad comercial emergente de interés en Monfragüe y su entorno, que puede sustituir a la ganadería en las zonas de vegetación espesa. Así, el propietario que mayor interés tiene en continuar con la titularidad de su dehesa es el que compensa la reducción de sus ingresos monetarios con la nueva renta cinegética y el disfrute recreativo de los servicios ambientales (Campos y Mariscal, 2003): «Cuanto mayor es la dependencia económica de la explotación, menor es el valor concedido a las encinas. Posiblemente, las encinas son valoradas principalmente por motivos no monetarios, de forma que aquellos que dependen a corto plazo de los ingresos producidos por su explotación opinan que al protección de las encinas es un *«lujo»* que no se pueden permitir» (p. 145).

A modo de conclusión final de los méritos y deméritos del libro, son las interesantes y novedosas mediciones de la regeneración, la espesura y la edad de los encinares presentadas en los capítulos 9 y 10 los méritos principales que justificarían el acierto de esta nueva publicación por la Universidad de Extremadura. Sin embargo, el origen de los capítulos del libro y el propósito del autor de tratar en solitario los temas con un enfoque interdisciplinar –historia, ecología, sociología, economía y

política (p. 28)– han dado como resultado un texto con abundantes reiteraciones de los temas tratados a lo largo de los capítulos 3 al 8, en ocasiones sin una conexión clara, y la forma narrativa del texto peca en exceso de descripciones menores acerca del medio natural y humano de las dehesas de Monfragüe y su entorno.

**Pablo Campos Palacín**

Instituto de Políticas y Bienes Públicos (IPP),  
CSIC

Jorge Gelman (compilador)

### **La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y perspectivas**

Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006, 556 pp.

**E**ste libro recoge las ponencias de un seminario organizado en 2005 por la Asociación Argentina de Historia Económica, cuyo objetivo era realizar un balance de las investigaciones realizadas en los últimos veinte años en Argentina, aproximadamente desde la vuelta de la democracia. Además de la introducción de Jorge Gelman, incluye 26 capítulos agrupados en seis apartados: Población y economía, Comercio, Crédito y finanzas, Empresas, negocios y familias, Historia rural, Mundo del trabajo, Instituciones y políticas económicas, Historia regional e Historia y teoría económica.

Cada una de las ponencias o capítulos recoge las líneas interpretativas que podríamos llamar tradicionales y las aportaciones más recientes que modifican de forma

### **REFERENCIAS**

CAMPOS, P. Y MARISCAL, P. (2003): «Preferencias de los propietarios e intervención pública: El caso de las dehesas de la comarca de Monfragüe», *Investigación Agraria: Sistemas y Recursos Forestales*, 12 (3), pp. 87-102.

esencial la visión convencional. Su lectura deja claro el dinamismo de la historia económica y social argentina de las últimas décadas y el importante esfuerzo de renovación de enfoques y metodologías. Una de las razones de la intensidad de los cambios en un periodo tan breve obedece al retraso en la adopción de las nuevas corrientes y de la influencia de la historiografía de otros países, y esto convierte este conjunto de estudios en una obra especialmente interesante. Los estudios se completan con una bibliografía prolija y notoriamente extensa, con casi 100 páginas y 1500 referencias, en su mayoría de los últimos años y citadas en las ponencias.

En términos generales, el cambio de perspectiva de la historiografía argentina

de estas últimas dos décadas se ha caracterizado por la adopción de un tono mucho más optimista, en contraste con la visión pesimista tradicional, al que no es ajena, como en otras historiografías nacionales, la propia situación política y económica del momento. Una consecuencia de este hecho es que se haya estudiado de forma mucho más minuciosa el funcionamiento y la organización de las empresas y el comportamiento de los agentes y su enorme complejidad. En esta reseña haré referencia exclusivamente a los capítulos dedicados a los temas agrarios, 6 capítulos que ocupan casi la cuarta parte de la obra.

El trabajo de Andrea Reguera y Blanca Zeberio, 'Volver a mirar. Gran propiedad y pequeña explotación en la discusión historiográfica argentina de los últimos años', incide especialmente en los grupos sociales agrarios desde la época colonial hasta la actualidad. La historiografía reciente ha tratado de romper con «la 'imagen' de una sociedad dicotómica y polarizada en: gran propiedad/pequeña explotación; gauchos/estancieros; ciudad/campo; agricultura/ganadería; arrendatarios/teratenientes; capitalista/feudal; antiguo/moderno» (p.121). Para los autores, la renovación de la historiografía sobre las empresas se puede explicar en buena medida por el cambio de la escala de observación y el estudio de los actores desde el punto de vista de sus estrategias y prácticas.

En el caso de la historia colonial del Noroeste, Sara Mata pone de relieve que la historiografía reciente ha desmontado el tópico de una «sociedad de perfiles aristocráticos cuya élite basaba en la actividad

mercantil su riqueza y prestigio. Esa elite mercantil era propietaria de la tierra y la estructura agraria se caracterizaba por el dominio de grandes propiedades pobladas por peones, arrendadores y agregados mayoritariamente indígenas o mestizos en condiciones similares a la servidumbre» (p. 173). La historiografía reciente ha puesto más bien en evidencia una mayor variedad en los diferentes tipos de explotación y una economía mucho más compleja. Aún así, a pesar del incremento del número de estudios, muchos locales y de empresas, según la autora hay muchos aspectos desconocidos del periodo colonial anterior a la segunda mitad del siglo XVIII, y en concreto sobre el proceso de formación de la hacienda desde la figura de la encomienda y sobre los aspectos económicos que quedan fuera de las grandes explotaciones, como los cambios sufridos por los pueblos de los indios y su participación en la economía regional. Que se haya estudiado de manera desproporcionada todo lo relativo a la encomienda y luego a las haciendas coloniales, como las jesuíticas, está relacionado con el hecho de que han dejado mucha más información, pero en cualquier caso han permitido matizar en gran medida la visión tradicional. Por ejemplo, los libros de contabilidad dejan claro la importancia de la mano de obra esclava hasta el final del periodo, y en cambio el que no se usara el endeudamiento para retener trabajadores. Muestran también el cada vez mayor dinamismo del mercado de la tierra y el surgimiento de un proceso de concentración de la propiedad con un uso ganadero que recuerdan más al Río de la Plata

que a las economías andinas más septentrionales.

En el caso de la economía pampeana o rioplatense, analizada por Raúl O. Fradkin, también se pueden subrayar los grandes cambios producidos en las últimas décadas. La visión que ha modificado la investigación reciente «acentuaba la centralidad de la estancia en la historia rural pampeana, la asimilación entre estancia y gran propiedad y entre ganadería y latifundio, (...) la proclamada incompatibilidad entre este predominio estanciero y el afincamiento de familias en el medio rural y todas las consecuencias que de ello se derivaban» (p.192), lo que llevaba a subrayar la ausencia de cualquier tipo de campesinado durante la primera mitad del siglo XIX. Precisamente los estudios de Jorge Gelman, Daniel Santilli o Juan Carlos Garavaglia, entre otros, han mostrado la coexistencia de un importante sector agrícola junto con la ganadería y numerosas explotaciones familiares. Más aún, en 1830 la mitad de los hogares de Buenos Aires poseían explotaciones agrícolas. En cambio, como lamenta el autor, se sabe aún poco sobre el funcionamiento de los mercados financieros locales y la comercialización. Una de las aportaciones más interesantes de la investigación de los últimos años es el intento de romper la brecha existente entre los estudios coloniales y los de la expansión de fines del XIX a través de estudios con perspectiva de largo plazo. De esta forma se está comprobando que la transición de un modelo a otro fue mucho más temprana, que el cambio fue más gradual, y que la economía rioplatense fue mucho más dinámica

en la primera mitad del siglo XIX de lo que se creía. También pone de relieve la importancia de los factores endógenos en el gran 'boom' agro exportador de fines del siglo XIX. Uno de los factores fue el de la mano de obra. La abolición de la esclavitud en 1813 habría forzado a los grandes propietarios a buscar formas alternativas de proveerse de mano de obra permanente en un campo deshabitado, con objeto de aumentar la producción agropecuaria. Contrariamente a lo que se pensaba, los grandes propietarios no pudieron establecer sistemas de trabajo coactivo con el objeto de abaratar su precio, dada la facilidad de los trabajadores del campo para establecerse por su cuenta. De ahí los altos salarios y el establecimiento de contratos agrarios más favorables con el fin de atraerlos. La existencia de explotaciones familiares conlleva, sin embargo, la necesidad de explicar cuáles fueron sus formas de organización, las vías de comercialización y su acceso a los mercados de crédito, aspectos cruciales para su éxito y que fueron necesariamente muy distintos a las de las grandes estancias.

Eduardo J. Mínguez trata la época de la expansión de 1850 hasta la Primera Guerra Mundial en la Pampa, uno de los campos de la historia económica que han experimentado una revisión de más calado, aunque anterior a los años ochenta, y que habría permitido pasar de una visión esencialmente negativa de la apertura al exterior vinculada a la idea de 'dependencia', a otra en la que el mercado internacional se convierte en un elemento dinámico, que los actores económicos argentinos supieron aprovechar de forma exitosa. Ello no quiere

decir que no se den algunas diferencias de perspectiva. Si unos consideran que las particularidades de la expansión explican los límites del crecimiento argentino del siglo xx, otros, siguiendo a Díaz Alejandro, consideran que los problemas son producto de la Gran Depresión y no tienen una raíz anterior. Entre las novedades, no sólo la importancia de la propiedad ‘chacarrera’ (explotación familiar), sino que los historiadores dejan de ver los contratos de tenencia como una mera forma de explotación social y un signo claro del bloqueo del ascenso del colono a la plena propiedad. Algunos estudios muestran la gran variedad de situaciones y, en particular, no sólo el hecho de que son muchos los colonos que lograron acceder a la propiedad, sino que otros optaron por ampliar su explotación a través del arrendamiento en vez de comprar, a pesar de contar con los recursos para ello. También esta renovación ha modificado la visión del crédito rural —un tema poco estudiado en el pasado en la medida en que los pequeños propietarios eran inexistentes—, concretamente el papel del comerciante local en la oferta de capital a los pequeños productores. Por último, los estudios sobre tecnología agraria han puesto de relieve la complejidad de su desarrollo en relación con la ganadería, lo que concordaría mejor con un gran propietario más dinámico de lo que se pensaba.

Por último, el trabajo de Osvaldo Barsky y Julio Djmerenderedjan estudia la economía pampeana durante el siglo xx. También contraponen una visión tradicional que destacaba el carácter no plenamente capitalista del agro pampeano, rígido en men-

talidad, formas de tenencia y centrado en la ganadería, y adverso al riesgo y a la innovación. Factores sociales y culturales habrían explicado el escaso dinamismo del sector agropecuario entre 1930 y 1970. Sin embargo, para la historiografía más reciente siguió habiendo expansión en esta época, el régimen de tenencia se fue adaptando a los cambios externos, y las formas contractuales del arrendamiento tradicional desaparecieron definitivamente como consecuencia de las regulaciones introducidas por el régimen peronista. Por último, el cambio técnico siguió siendo importante a lo largo de todo el siglo. Con respecto a la conflictividad, generalmente muy elevada durante el periodo, el tema que había sido estudiado «acríticamente» desde fuentes sindicales ha atraído nuevos tipos de enfoques, como el de Palacio (2004) a través del estudio de fuentes judiciales. El mayor conocimiento de la estructura de la propiedad ha permitido observar transferencias masivas de tierras hacia propietarios pequeños y medianos en las décadas de los cuarenta. En la medida en que coexistieron pequeña y gran propiedad rural y que se descartan los factores culturales o sociales para explicar la pervivencia de determinadas formas de explotación, la explicación de las diferencias y el análisis de los determinantes (naturales, tipo de cultivo, etc...), desempeñan en la actualidad un papel crucial en la historiografía agraria. En cualquier caso, los autores señalan que ha habido menor renovación en este periodo en comparación con los anteriores.

En resumen, se trata de una obra de gran interés, ya que incorpora, como he

tratado de mostrar, el esfuerzo de reflexión de los autores por mostrar la historiografía argentina más reciente y los debates que le han dado origen. Sin embargo me hubiese gustado también que los autores de los ensayos echaran más a menudo de menos la ausencia de trabajos explícitamente comparativos en el ámbito agrario, tanto con otras economías latinoamericanas como con las economías agroexportadoras. Si bien los historiadores muestran su familiaridad con la historiografía de otros países, no son frecuentes los análisis comparativos. Este tipo de enfoque permitiría, por ejemplo, relativizar afirmaciones tales como ‘el fracaso de los terratenientes’, como hacía la historiografía tradicional, pero también las que ponen de relieve el dinamismo tecnológico de los grandes propietarios durante el siglo XX, tal como se dice en la actualidad.

**Juan Antonio Carmona Pidal**  
Universidad Carlos III de Madrid

Carlos Gil Andrés

**Lejos del Frente. La guerra civil en la Rioja Alta**

Barcelona, Crítica, 2006, 555 pp.

Ricardo Robledo (ed.)

**Esta salvaje pesadilla. Salamanca en la guerra civil española**

Barcelona, Crítica, 2007, 368 pp.

A parte de la referencia a la crisis de los años 30, los autores de estos textos tienen un denominador común personificado en Unamuno. Así, en la obra editada por Ricardo Robledo se in-

**REFERENCIAS**

- GARAVAGLIA, J.C. (1999): *Pastores y labradores de Buenos Aires. Una historia agraria de la campaña bonaerense. 1700-1830*, Buenos Aires, IEHS-Ediciones de la Flor.
- GELMAN, J. (1996): «Unos números sorprendentes. Cambio y continuidad en el mundo agrario bonaerense durante la primera mitad del siglo XIX», *Anuario IEHS*, 11, pp.147-178.
- GELMAN, J. Y SANTILLI, D. (2004): «Las elites económicas de Buenos Aires en la época de Rosas. Patrones de inversión, movilidad y fragmentación en tiempos de cambio», *Prohistoria*, 8-8, pp.11-38.
- PALACIO, J. M. (2004): *La paz del trigo: cultura legal y sociedad local en el desarrollo agropecuario pampeano, 1890-1945*, Buenos Aires, Edhasa.

cluye la pregunta retórica que el excepcional escritor se hacía refiriéndose a la guerra (¿Cuándo se acabará *esta salvaje pesadilla*?), pero también Carlos Gil Andrés encabeza uno de los capítulos de su libro con

una reflexión de Unamuno: «conviene meditar en el estado mismo [de nuestra alma colectiva] y no condenarlo ni canonizarlo de ligero».

En ambos casos, la reflexión sobre la secularidad de los problemas de España y la cuestión de la violencia no son los únicos elementos que comparten las obras a reseñar. Hay varios aspectos que no deben pasar desapercibidos al lector. Por un lado, una nueva demostración de que el objeto de estudio es aparente, pues el tratarse de historias territoriales no les resta, en principio, un ápice de interés y de referencialidad. Podríamos caer en la tentación de jerarquizar la importancia de las provincias de estudio, Salamanca y La Rioja, pero con eso eliminaríamos la esencia misma de ambos trabajos, cuya profundidad y exhaustividad relegan la cuestión territorial a un segundo plano. En segundo lugar, se debe destacar que, entre otras muchas cosas, se estudian acontecimientos de memoria histórica de la II República que superan el trío clásico Casas Viejas-Arnedo-Castilblanco, que no por ser más conocidos por la historiografía son menos merecedores de atención. Por último, se debe tener presente que todo estudio que aborde la guerra civil española tiene una matriz agraria insoslayable. Quizás se puedan explicar fenómenos locales de la violencia desatada durante el conflicto prescindiendo de la cuestión agraria en determinados casos muy urbanos, pero la gran mayoría de las aportaciones historiográficas recientes tienen en el paradigma del cambio de las relaciones laborales durante la II República una referencia que ayuda a explicar muchas cosas.

El estudio de Ricardo Robledo y Luis Enrique Espinoza (*‘¡El campo en pie!’*. *Política y reforma agraria*, pp. 3-51) forma parte de un trabajo más amplio sobre Salamanca en la guerra civil. La primera pregunta que, imaginamos que los editores y autores de este libro se habrán hecho en alguna ocasión, es cómo es posible que no existiera una obra de estas características. Aunque aquí sólo nos referimos al primer capítulo, se observa en el índice y en el tratamiento de los temas una especial habilidad por parte de los editores para no resultar redundante y tratar aquellos temas y personajes no abordados suficientemente en obras de otras características. Es decir, que por encima de lo que hubiera sido un índice temático o cronológico más sencillo de encargar, la edición ha debido estudiar previamente qué era necesario y qué prescindible para construir un libro sobre el caso salmantino que superara lo regional y lo convirtiera en una obra con un lugar propio en la historiografía sobre la guerra civil. Salamanca, como señalan los editores en la introducción, se convierte en «laboratorio» tanto de la lucha contra la II República como del primer franquismo. En el camino de Salamanca a Burgos, dicho en un sentido metafórico, se encuentran bastantes de las claves interpretativas de la guerra.

Pero además, dentro de esa labor de edición, la mejor noticia para la historia agraria y para quienes se dedican al estudio de la reforma republicana es que el libro se abra, precisamente, con un artículo sobre la problemática del campo. Aquí sí se debe hablar de jerarquización de los temas, pues

de nuevo quizás hubiera resultado más sencillo recurrir a una apertura más clásica, con algún protagonista, que los hubo, de mayor relieve, pero el hecho de que se seleccione no un personaje, sino un tema, indica la importancia que los autores del libro le dan a la cuestión agraria. Sin embargo, las características de la obra obligan a los autores una labor de síntesis, cuidando la estructura general, que limita un tanto las posibilidades del tema. Si consideramos este artículo dentro de una obra colectiva como un prólogo de futuros trabajos, las expectativas son grandes, ya que el material que incluye demanda una monografía sobre estas cuestiones por parte de Robledo y Espinoza.

La primera parte del artículo trata sobre la conformación política de una provincia peculiar por distintos motivos. Primero por ser la única provincia castellana en la Ley de Bases, en la que poco más de un centenar de propietarios se reparten más de 180.000 hectáreas, casi un 15% de la superficie agraria útil de la región. Esa inclusión es el telón de fondo de un intenso activismo político que se resume con el aserto de «El campo en pie», lema del Bloque Agrario. Sin duda estamos ante uno de los puntos fuertes del texto, ya que resulta clave para la historiografía la reconstrucción de la creación de esta Minoría que tanto protagonismo tuvo durante el Primer Bienio republicano. Como se ha apuntado en otras ocasiones, parece que la sombra de Malefakis, sin haberlo querido el autor, resulta alargada, sin que se haya revisado de manera suficiente por qué fue tan importante la labor de tres diputados para

obstaculizar el comienzo de la reforma agraria (Malefakis, 1971). A veces da la impresión de que, de golpe, Gil Robles ya estaba al mando de la CEDA a finales de 1933. Pues bien, aunque ágil por obligaciones del guión, se aportan nuevas fuentes, sobre todo hemerográficas, que permiten reconstruir los orígenes del Bloque Agrario y de sus líderes, no dando por bueno lo que podríamos llamar el «pensamiento único» de Gil Robles que deforma estos inicios. A partir de *La Gaceta Regional*, su órgano de prensa, los autores llaman la atención sobre otros notables, como el futuro falangista Francisco Bravo, o el activista contrarrevolucionario Ernesto Castaño, pero sobre todo, nos explican el oportunismo político de Lamamié y Gil Robles para hacerse, en unión de Cándido Casanueva, con el control del Bloque Agrario. Del mismo modo se estudian otras opciones también interesantes y dirigidas a colectivos en principio menos comprometidos ideológicamente, como la Liga de Agricultores de Marcos Escribano y su meritoria implantación entre los arrendatarios en un clima de extremismo.

En una segunda parte se habla de Palacios Rubios, localidad salmantina donde cuatro campesinos murieron a causa de enfrentamientos con la Guardia Civil en septiembre de 1931. Aquí debemos referirnos a la extensa parte del trabajo de Carlos Gil referida a los sucesos de diciembre de 1933, la insurrección anarquista, y su relevancia en los pueblos de la ribera del Ebro riojana. La evocación de estos asuntos y la perseverancia de los autores para sacarlos del olvido nos recuerdan la prolife-

ración de acontecimientos de este tipo durante la II República. El hecho de que otros casos hayan sido mejor conocidos tanto por su repercusión en la prensa de entonces como por el eco de la primera historiografía democrática sobre la guerra civil, en especial los trabajos de Tuñón de Lara, no son un eximente para que se conozcan otros muchos que acabaron con muertos en enfrentamientos con las fuerzas de orden público, casi siempre con problemas agrarios de trasfondo.

El esfuerzo de los autores en este caso creemos que busca un triple objetivo. Por un lado, el impacto que fenómenos de este tipo tienen en el ámbito local, el espacio comunitario que cada vez adquiere un mayor interés entre los historiadores. Parece que el tiempo de algunas grandes explicaciones ya está superado y que requerimos de la comprensión de lo que ocurre en casos muy particulares para entender fenómenos tan complejos como las causas de una guerra civil. Muy relacionado con esto, un segundo objetivo es el de llamar la atención sobre la forma en que en este tipo de comunidades locales quedan grabados sucesos como éstos: en 1931 como en 1933, parece claro que están muy presentes durante el verano de 1936. La importancia del *tempo* en el que se suceden las cosas a esta escala es notoria. Por último parece que los autores se apuntan, de alguna manera, y ahora sí en una escala más general, a algo sobre lo que Cobo Romero (1998, 2004) viene llamando la atención: la importancia del pequeño campesinado familiar durante la crisis de la democracia en el periodo de entreguerras, allí, como señala Gil Andrés,

donde «el discurso de las clases altas agrarias en defensa del orden y la propiedad encontró eco».

De modo que lo que hemos denominado «fascistización de la patronal agraria» (Riesco, 2006) es algo común en la Europa de entreguerras y en especial en Italia y Alemania. Tanto Robledo y Espinoza como Gil Andrés se reafirman en una interpretación radical de la reforma agraria como amenaza. Retomando la escala local, en el estudio sobre Salamanca se detalla cómo las bases de trabajo son «armas de la negociación», y en el caso de La Rioja, cómo la firma de aquellos documentos es causa esgrimida para el fusilamiento en consejo de guerra, o cómo la quema de denuncias por pastoreo abusivo forma parte de las acciones colectivas cometidas por anarquistas en diciembre de 1933. En palabras de uno de los informantes de Carlos Gil, aquellos tiempos en que ir a jornal en las fincas de los cinco o seis grandes terratenientes «era un abuso». Ese cambio en las relaciones laborales en las comunidades donde el orden secular había impuesto un modelo rígido y selectivo de contratación significó una inversión de poderes que no fue olvidada por quienes recuperaron el poder en los primeros días del golpe de estado.

Obligados por sus conocimientos sobre el tema, Robledo y Espinoza trazan una semblanza de la primavera de 1936 donde se solapan los resultados de la reforma agraria con la formación del *lobby* triguero y su implicación en la trama civil del golpe. Respecto a aquella, se llama la atención sobre la explicación cuantitativa de la reforma agraria: todos los jornaleros sin tie-

rra de la provincia de Salamanca habrían podido tener lotes de 10 hectáreas de extensión sólo con la tierra de las 30 grandes familias. Una explicación social, no productivista, de la importancia de la reforma que refuerza la línea interpretativa inaugurada por el propio Robledo (1996). Por lo que se refiere a la formación de ese grupo de presión que convirtió a Salamanca en «vanguardia del derechismo español», los apuntes iniciales sobre el Bloque Agrario tienen su continuidad en la confluencia de la Federación Católica Agraria, Acción Popular y el Bloque Agrario Salmantino, con el telón de fondo del problema triguero.

Dejando ya de lado los elementos comunes de ambos trabajos, no podemos referirnos al de Carlos Gil sólo en términos de historia agraria. Estamos ante un espléndido y conmovedor trabajo sobre la represión durante la guerra civil y la posguerra. Desde las primeras páginas da la impresión de que el autor ha escrito el libro que verdaderamente deseaba, superados los corsés que a menudo nos imponen los primeros trabajos académicos. A partir de fuentes orales que llevan el peso del relato, las hemerográficas y archivísticas completan un trabajo de gran valor. Resulta difícil llamar la atención sobre algunos elementos de índole agrario en un libro donde la brutalidad de la represión ejercida contra miembros de las comunidades locales de seis pueblos de la Rioja Alta riberriegos del Ebro no puede dejar indiferente a nadie.

La insurrección anarquista de 1933 es el punto de partida indispensable, presente de forma constante y casi asfixiante durante el

«terror caliente» ejercido por falangistas y requetés durante el verano de 1936. Sólo se puede objetar la construcción de un modelo de implantación anarquista o socialista durante la II República. El autor considera que UGT contó con una estructura consolidada allá donde existían sociedades agrícolas asentadas, mientras que la CNT logró que su mensaje calara en jóvenes de comunidades rurales con fuerte fragmentación social, algo que ya Gutiérrez Molina (2002) ha cuestionado. Sin embargo no se puede rebatir la expansión de ese asociacionismo cuando se reforman las relaciones laborales durante la II República ni, sobre todo, que la fragmentación social que ocurre en estas comunidades vino dada por la mercantilización de la producción y la mano de obra aparejadas a la agricultura comercial, en este caso del viñedo.

Las referencias a estas cuestiones agrarias están presentes a lo largo de la obra. Así por ejemplo, el hijo de un represaliado considera ya hoy que a su padre lo mataron por denunciar el que no se sembrara una finca (incumplimiento del laboreo forzoso) y que ese rico a su vez lo denunció. O la paradoja de que cuando se libraba la Batalla del Trigo, los ingenieros agrónomos visitaban los pueblos para denunciar a los propietarios que tuvieran sus fincas baldías o mal labradas...

En resumen, ambas obras resultan imprescindibles para el conocimiento de la guerra civil y de los múltiples elementos agrarios que forman parte de sus precedentes, de su desarrollo y de sus consecuencias. Salamanca o La Rioja no son más que complementos circunstanciales,

ya que lo relatado en estos estudios supera con creces el caso particular.

**Sergio Riesco Roche**

Universidad Complutense de Madrid

## REFERENCIAS

COBO ROMERO, F. (1998): «Acerca de los orígenes agrarios del fascismo. Italia y Andalucía en perspectiva comparada (1900-1936)», *Revista de Historia Contemporánea*, 8, pp. 109-155.

COBO ROMERO, F. (2004): *Revolución campesina y contrarrevolución franquista en Andalucía*, Granada, Univer-

sidad de Granada-Universidad de Córdoba.

GUTIÉRREZ MOLINA, J. L. (2002): «Andalucía y el anarquismo (1868-1936)», *Ayer*, 45, pp. 171-195.

RIESCO ROCHE, S. (2006): *La reforma agraria y los orígenes de la guerra civil*, Madrid, Biblioteca Nueva.

ROBLEDO, R. (1996): «Política y reforma agraria: de la Restauración a la II República (1868/74-1939)», en GARCÍA SANZ, A. Y SANZ, J. (coords.), *Reformas y políticas agrarias en la Historia de España*, Madrid, Ministerio de Agricultura, pp. 247-349.

Francisco Cobo Romero

## **Por la reforma agraria hacia la revolución. El sindicalismo agrario socialista durante la II República y la Guerra Civil (1930-1939)**

Granada, Editorial Universidad de Granada, 2007, 439 pp.

**A** pesar de los miles y miles de libros publicados sobre la España de los años treinta, como acertadamente indica el autor en el prólogo de este nuevo e importante estudio, existe ‘un injustificado vacío de comprensión y olvido sobre una dilatada etapa de las luchas campesinas tan decisiva en la más reciente Historia de España.’ (pp. 9-10). Esta monografía amplia y bien documentada, basada en un impresionante despliegue de fuentes primarias y secundarias, debe ser pues muy bienvenida. No solamente recupera la memoria histórica de la organización y protesta rural socialista en los años treinta, sino que ofrece un estudio sistemático del socialismo organizado en el campo desde el na-

cimiento de la II República hasta el final de la guerra civil, pasando por las vicisitudes de los planes de reforma, su fracaso, la contrarreforma derechista de 1933-35, la revolución agraria y la movilización durante la guerra, para concluir con el triunfo del franquismo y la violenta reinstauración del status quo anterior a 1931. Se trata, por tanto, de una contribución novedosa e importante para comprender los años críticos de la década de los treinta.

Como reconoció Joaquín Maurín poco antes del inicio de la guerra civil, ‘el alfabeto de la revolución española empieza, naturalmente, por la letra *a*, y la letra *a* es de la revolución agraria’ (Maurín, 1966: 56). Este libro viene a recalcar este punto de

vista. De hecho, las encarnizadas luchas políticas y sociales dentro y fuera del parlamento, que jugaron un papel tan crucial en el preludio de la guerra civil, no pueden ser comprendidas de manera satisfactoria sin situar en un primer plano la cuestión agraria. Sólo hace falta pensar en la importancia, para los dos partidos de masas de la época republicana (CEDA y PSOE), de sus votantes agrarios, o en cómo la mayoría de los generales golpistas que promovieron el golpe de 1936 tenían procedencia aristocrática.

El primer capítulo es de naturaleza comparativa y explora las relaciones entre la socialdemocracia de Entreguerras y la política agraria. En su momento, Karl Marx había sido muy despectivo acerca de la capacidad política de la población rural, en particular al escribir sobre Francia, donde elementos rurales habían sido movilizados en defensa del bonapartismo y más tarde para sofocar la Comuna de 1871. Partiendo de una perspectiva firmemente antiagraria, Marx había comparado al campesinado francés con «un saco de patatas» (Marx, 1977: 106), condenándolo como «la clase que representa la barbarie en el seno de la civilización» (Marx, 1975: 64). Al llegar el siglo XX, muchos de los socialdemócratas que invocaban la herencia de Marx habían modificado su opinión. Como demuestra el profesor Cobo, sobre todo tras la Revolución Rusa los socialdemócratas europeos se hicieron más receptivos a la idea de organizar a los sectores rurales. Cobo delimita este proceso a través de casos de estudio concretos (Alemania, Italia y Francia), ofreciendo un análisis sugerente

y argumentado de importante material bibliográfico en inglés, francés e italiano, en muy escasa medida disponible en español. Mientras la experiencia italiana de la inmediata posguerra –cuando la oleada de protestas de los asalariados rurales fue seguida por la imposición de una dictadura fascista– probablemente es la que tiene mayor relevancia para el caso español, este capítulo es importante para situar firmemente los acontecimientos locales dentro del contexto europeo de la crisis de Entreguerras. De hecho, en un continente en el cual, con la excepción del Gran Bretaña, la mayor parte de la fuerza de trabajo estaba empleada en el sector primario, la deriva hacia el autoritarismo en países como Hungría, Italia, Polonia, Austria o Portugal debió mucho a la presión del lobby agrario, como un medio para defender el viejo orden y contener el avance de la sociedad de masas y la movilización social. Incluso en un país como Alemania, que había experimentado un vertiginoso crecimiento industrial en las décadas precedentes, encontramos un bloque de elites industriales, militares y agrarias, la famosa alianza del centeno y el acero, uniendo fuerzas para derribar la democracia en defensa de los intereses tradicionales.

El segundo capítulo examina la evolución de la política española sobre la mano de obra rural en los años que preceden a la República, en particular los intentos por parte del PSOE y la UGT por organizarse en el campo, que culminan con la formación del sindicato agrario, la *Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra* (FNTT). Se trataba de un proyecto ambi-

cioso para el que había sido tradicionalmente un sindicato de trabajadores cualificados, y conllevaba varios retos. ¿Cómo forjar una identidad corporativa clara entre los miembros de la FNTT ante la fragmentación regional y ocupacional de una fuerza de trabajo rural que tenía experiencias radicalmente diversas de su actividad laboral? Otro de mayor entidad si cabe, ¿en el caso de los braceros de la España meridional, con su larga historia de insurreccionalismo y acción directa violenta que reflejaba la desesperación del proletariado rural, cómo encajaría su repertorio de protesta dentro de la cultura, estrategia y tácticas ugetistas? Y de manera más general, aunque tanto los trabajadores urbanos como rurales compartían una experiencia común de pobreza y de exclusión política, pervivían dos mundos separados de protesta, y dos alas del movimiento obrero, cada uno de ellos con sus necesidades propias y su experiencia propia de poder, vida cotidiana y lucha. ¿Cómo se iban a coordinar y unificar ambos para resistir ante una amplia lista de enemigos?

El tercer capítulo ('La República soñada') analiza la FNTT durante el primer bienio republicano. De manera quizás inevitable, se trata del capítulo más extenso del libro como reflejo, hasta un cierto punto, del principal dolor de cabeza político que tuvo que afrontar el PSOE entre 1931 y 1933. Como es bien sabido, el PSOE estaba lejos de estar unido en la cuestión de la naturaleza y significado del nuevo régimen y en el ritmo deseado de cambio sociopolítico. La confusión dentro del partido socialista se contagió al seno del gobierno.

Simultáneamente, los ministros socialistas lo eran dentro de una coalición y sus aliados de gobierno tenían voz y voto sobre la profundidad de las reformas. No existía, pues, consenso dentro del gobierno, puesto que mientras muchos socialistas eran conscientes de la necesidad desesperada de una profunda reforma agraria que parcelase las grandes fincas y resolviese los enormes problemas de los trabajadores agrícolas, numerosos republicanos estaban más preocupados con la modernización de la producción agraria, haciéndola más eficiente y productiva. Entretanto, la FNTT y por extensión la UGT, asistían a la llegada masiva de trabajadores sin tierra, especialmente en el sur profundo, convirtiendo lo que hasta entonces había sido un sindicato de trabajadores cualificados y semicualificados en otro que por primera vez poseía una fuerte base agraria. Los recién llegados eran portadores de una profunda y arraigada hambre de justicia. Esperaban medidas en torno a la soñada reforma agraria que confiaban iniciaría el nuevo gobierno. También habían puesto muchas esperanzas en un nuevo régimen que asumían implantaría inmediatamente un nuevo sistema de relaciones de trabajo y ofrecería una protección legal básica, permitiéndoles perseguir sus objetivos profesionales sin sufrir el acoso de la Administración.

Las consecuencias del fracaso del primer gobierno republicano a la hora de crear un nuevo marco judicial para las relaciones sociales agrarias se estudian en el capítulo cuarto ('Persecución, cárcel y destierro'). Rápidamente se hizo evidente para aquellos que tenían más esperanzas en la República

que, si bien se había dado una transferencia de poder en el plano político, la estructura económica de dominación se mantenía inalterada en lo esencial. Ello hizo posible lo que el autor denomina 'la revancha patronal': los terratenientes dejaron fincas sin arar, aconsejando a los braceros ahora desempleados '¡Comed República!', y también supieron resistirse con efectividad a la nueva legislación. En parte ello reflejaba su insatisfacción política con la naciente democracia, pero también había detrás una lógica racional: en el contexto de la crisis económica en marcha, no estaban dispuestos a asumir los costes que suponía la aplicación de las reformas planeadas por la República. Por tanto, entre 1931 y 1933 los terratenientes se movilizaron con éxito para bloquear las reformas, ayudados a partir de un momento dado por la CEDA, un nuevo partido de masas de derechas, financiado por las elites agrarias, y apoyado en gran número por los estratos rurales intermedios que se sentían amenazados cultural y políticamente por la sociedad de masas. Para muchos miles de trabajadores sin tierra, las semillas del desencanto y el conflicto habían sido ya sembradas. La militancia y descontento agrarios crecientes dentro de la FNTT culminaron en la épica huelga de junio de 1934, una lucha de la que los sindicatos rurales todavía se estaban recuperando en el momento de la movilización de octubre de ese año.

El quinto capítulo analiza el período inmediatamente anterior a la guerra civil, cuando la persistente militancia agraria reforzó el impulso hacia la radicalización dentro de la UGT, ante el temor y consterna-

ción de buena parte de la dirección política de Madrid. Aterrorizadas ante la perspectiva de perder el control del movimiento, las direcciones del partido y del sindicato se lanzaron a un juego al borde del abismo en el cual empleaba un lenguaje radicalizado sin modificar lo que eran esencialmente sus moderados objetivos de reforma social por medios legales y parlamentarios. Esta dinámica tendría consecuencias imprevistas: incitó al ejército a reaccionar, mientras el movimiento socialista no había diseñado un plan coherente de autodefensa ante una agresión militar.

El último capítulo, 'El fusil, a la espalda; la mano, en la manquera', explora los acontecimientos en el campo durante la guerra y la revolución. Le sigue 'un epílogo sangriento' que examina sucintamente 'la barbarie franquista y el exterminio de la experiencia revolucionaria', cuando el nuevo Estado, siguiendo el mandato de las viejas elites, restauró el *status quo ante* en el campo y castigó sistemáticamente a los grupos sociales que habían tenido el atrevimiento de desafiar lo que los terratenientes veían como el orden eterno y natural.

Con todos los méritos indudables que presenta esta monografía, faltaría a mi deber como reseñante si no señalase determinados puntos débiles de la misma. El principal, la ausencia de un índice, es una carencia de calado para un volumen del tamaño del que comentamos. Así las cosas, el libro se hace menos manejable y útil para los estudiantes, y a mayores la incorporación de un índice hubiese hecho la navegación a través de sus más de cuatrocientas páginas mucho más fácil para los investi-

gadores. En cuanto a las críticas sobre los contenidos, un área en la que me hubiese gustado aprender más es la de la experiencia vivida por los activistas rurales socialistas, algo no tan duro de captar a través de memorias (publicadas o no) y hasta cierto punto de la prensa. ¿Qué *significaba* para los pobres rurales la participación en el movimiento socialista? ¿Cómo expresaban su militancia dentro de sus comunidades? Hay otras cuestiones de este jaez que proceden de la denominada *historia desde abajo* que no son tratadas. Se me antoja que una metodología que incorporase métodos de la antropología podría muy bien haber iluminado temas relativos al funcionamiento en el día a día de los sindicatos de la FNTT. Referido a esto último, el énfasis en el significado cultural del activismo posiblemente hubiese explicado por qué determinados activistas se unían al movimiento socialista y no al de sus rivales anarquistas. Por último, hubiese sido inte-

resante conocer más a fondo la situación que debieron afrontar la FNTT y sus cuadros durante el Bienio negro, cuando la contrarreforma agraria se desató bajo la CEDA y los latifundistas dieron rienda suelta a su espíritu de venganza, restableciendo las viejas relaciones sociales. En todo caso, todo lo dicho no va en menoscabo de los logros globales, que hacen acreedor a su autor del máximo reconocimiento.

**Chris Ealham**

Saint Louis University, Madrid

(Traducción del inglés: Miguel Cabo Villaverde)

#### REFERENCIAS

- MARX, K. (1975): *The Class Struggles in France, 1848 to 1850*, Moscú, Progress.
- MARX, K. (1977): *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*, Moscú, Progress.
- MAURÍN, J. (1966): *Revolución y contrarrevolución en España*, París, Ruedo ibérico.

Vicente Pinilla Navarro (ed.)

### **Gestión y uso del agua en la Cuenca del Ebro en el siglo XX**

Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008, 759 pp.

**E**l libro que el lector tiene en sus manos puede calificarse, sin miedo a exagerar, de obra enciclopédica, debido a su carácter exhaustivo. En él presentan y resumen sus investigaciones los mejores especialistas que han trabajado en las dos últimas décadas sobre el tema objeto de la publicación. La riqueza de contenidos y el arsenal de datos reunidos en ella resultan apabullantes, tanto más cuanto

que el marco cronológico elegido es plurisecular (desde finales del siglo XIX a los comienzos del XXI).

Pese a lo exacto del calificativo empleado, si la introducción a esta reseña se limitase al párrafo anterior cometeríamos una injusticia con el editor y los autores, porque la obra llevada a cabo va mucho más allá de la mera recopilación. De hecho se trata de un esfuerzo de análisis e inter-

pretación sobre uno de los problemas más debatidos en el momento actual: la posibilidad de sustituir y/o complementar el modelo de oferta de obras hidráulicas, que ha conocida una enorme vigencia en los países desarrollados durante el siglo xx, por el apoyado en la gestión de la demanda. O dicho en otras palabras, cambiar la gestión de la obra por la del recurso. El análisis en cuestión se realiza a partir de un caso concreto, la Cuenca del Ebro. Un territorio particularmente acertado como ejemplo, debido a su extensión (85.534 km<sup>2</sup>), al porcentaje del mismo ocupado por el regadío a fines del siglo xx (17%, es decir, unas 729.000 hectáreas) y a su carácter pionero en lo que concierne a la puesta en marcha de planes de regadío y de aprovechamientos hidroeléctricos.

Por una vez, pues, no nos encontramos ante un mosaico de trabajos individuales sino ante el desarrollo de un esquema bien pensado, cuyo objetivo es explicar un proceso global por medio del conocimiento de los elementos que lo integran y, sobre todo, de la peculiar articulación de los mismos. Objetivo que se ve facilitado por el mantenimiento en los sucesivos capítulos de una metodología y un enfoque conceptual similares. La primera está presidida por la pluridisciplinariedad, la aplicación sistemática del método comparativo y la contextualización de los temas tratados tanto a escala nacional como, llegado el caso, internacional. El segundo, como he señalado, mediante la introducción en el estudio de los problemas hidráulicos del concepto de gestión del demanda como herramienta de trabajo.

La articulación del volumen se apoya en cuatro grandes apartados. El primero, de carácter general, está integrado por la Introducción (V. Pinilla) y por una serie de textos consagrados al medio natural y a las disponibilidades hídricas. Pinilla nos describe la génesis y objetivos de la obra pero, sobre todo, explicita las líneas de fuerza de las sucesivas aportaciones, es decir, el enfoque teórico y metodológico utilizado, amén de la ordenación interna de las mismas desde el punto de vista espacial y cronológico. Ello configura una especie de hilo conductor que ayuda a la lectura, lo que es de agradecer en un libro de 759 páginas.

Los autores de la serie de textos indicada (P. Ibarra, F. Pérez, I. Rabaneque y V. Rodrigo) han ido más allá de la clásica descripción geográfica del territorio, que ha sido completada en su caso con una reflexión sobre la forma en que los condicionantes ambientales fueron decisivos en el desarrollo de la actividad económica. Opción que resulta tanto más acertada cuanto que la Cuenca del Ebro es un territorio particularmente hostil al respecto. Sin olvidar la inclusión de un estudio sobre las disponibilidades y necesidades de agua, cuyo conocimiento parece necesario para entender, más tarde, la gestión del recurso. Tal vez sea discutible la aceptación sin críticas de la existencia de un déficit en el momento actual y su cálculo, tema en el que me hubiera gustado entrar, pero que no parece factible en un texto breve y de carácter general como el presente.

El segundo apartado versa sobre la gestión del agua y las infraestructuras hidráulicas. La secuencia de los trabajos se ha ve-

rificado desde un punto de vista institucional, es decir, relacionando la promulgación de nuevas legislaciones y la creación de nuevos organismos –especialmente las Confederaciones Hidrográficas, que se llevan la parte del león– con la oferta de grandes obras. De las cinco aportaciones presentadas solamente una se aparta de este esquema, la de A. Peiró, que nos ofrece un breve estudio sobre las transformaciones experimentadas por las instituciones locales del regadío a partir de la Ley de Aguas de 1879, amén de una sucinta descripción de las Comunidades de Regantes en la Cuenca del Ebro.

Ciñéndonos a los trabajos sobre las Confederaciones, los diferentes enfoques disciplinares elegidos por sus autores y la sucesiva ampliación del contexto espacial les permite ofrecer una visión más comprensiva de los cambios habidos en la fisonomía de dicha institución. Así, mientras A. Fando se ocupa del marco jurídico y de las características y transformaciones del nuevo organismo a escala nacional, E. Fernández Clemente y E. Clar Moliner se centran en la del Ebro –pionera en el conjunto español–, de la que uno ofrece un panorama histórico general, y el otro un análisis de su evolución económica y financiera, utilizando como fuente los ejercicios presupuestarios desde 1926 hasta 1986.

Algo similar ocurre en el caso de las infraestructuras hidráulicas. Los cinco autores que participan se han esforzado en adaptar la exposición a un guión único, tanto en lo relativo al establecimiento de etapas cronológicas y a su valoración (hay acuerdo sobre la especial importancia del

periodo 1950-1975), como a los tipos de infraestructuras a considerar (embalses, grandes perímetros de regadío y obras dedicadas a otros usos). Otro tanto sucede en lo relativo al marco espacial: la Cuenca del Ebro se ha dividido para su estudio en tres ámbitos dotados de cierta homogeneidad física y geopolítica: el Alto Ebro (J. Garrués), Aragón (L. Germán), y la parte catalana de la Cuenca (M. Boneta y J. M. Ramon). Los dos primeros se ocupan a la vez de las obras de regadío y de las destinadas a la producción de hidroelectricidad, mientras que en el caso catalán Boneta se ha limitado a estas últimas y Ramon de las destinadas al regadío. El conjunto está bien estructurado aunque hubiera sido preciso que los autores redujesen sus respectivas introducciones, que a veces se repiten entre sí o insisten en ciertas ideas de la Introducción general. Pero se trata de un pecado venial.

El tercer apartado, que atiende a los usos del agua, es el más extenso: once textos, de los que siete se ocupan de los usos agrícolas, cuatro de los hidroeléctricos y uno del abastecimiento urbano. Tanto los subperiodos establecidos como los ámbitos espaciales empleados son los mismos que se adoptaron en los trabajos del anterior apartado, de lo que sale ganando la visión de conjunto.

En lo que se refiere a los usos agrícolas, Pinilla inicia la serie con un estudio a escala de cuenca. Siguiendo una opinión muy extendida entre los agraristas, el historiador aragonés define la evolución habida en el sector del regadío por tres rasgos fundamentales: el progreso técnico y la tenden-

cia hacia la intensificación y la especialización (sustitución más o menos rápida de los cereales de invierno y las leguminosas por una gama de productos orientados al mercado, desde la remolacha azucarera y la vid hasta la hortofruticultura). Obviamente, ni la velocidad del proceso ni el nivel de éxito fue igual en todas partes, como se percibe al comparar lo sucedido en áreas más reducidas; a señalar las diferencias entre, por un lado, La Rioja (J. R. Moreno) y Cataluña (J. M. Ramon) y, por otro, Álava-Navarra (I. Iriarte) y Aragón (Pinilla de nuevo), donde la agricultura desempeñó un papel importante pero no llegó a convertirse en un motor esencial del cambio. Finalmente es obligado aludir, siquiera someramente, a las espléndidas aportaciones de A. Sabio y V. Bretón sobre la colonización agraria franquista en Aragón y en las tierras de Lleida respectivamente. Pocas veces se han publicado textos tan clarividentes sobre lo que supuso realmente aquella empresa desde el punto de vista social y económico.

El análisis de los usos hidroeléctricos lleva el sello de dos especialistas en la materia: J. Garrués y L. Germán. Al primero debemos una visión de conjunto de la cuenca, amén de un estudio pormenorizado del Alto Ebro, mientras que el segundo se ocupa de la parte aragonesa y M. Boneta de la catalana. Los tres autores introducen en la obra los temas empresariales, que hasta entonces apenas habían aparecido. El núcleo de sus respectivos trabajos es el estudio de la transformación experimentada por el sistema eléctrico tradicional en el siglo XX, convertido en un sistema

empresarial integrado y conectado con el mercado. El protagonismo de las empresas se evidencia en la atención prestada tanto a las tipo familiar como a las grandes corporaciones sean privadas –Iberduero– o públicas –ENHER o ENDESA–. A destacar, por último, la riqueza del material estadístico y gráfico aportado pero, sobre todo, las páginas dedicadas a explicar el papel desempeñado por la energía eléctrica en el desarrollo industrial de los distintos territorios, que dan fe de la capacidad de los tres historiadores para superar los límites del análisis sectorial.

Resta por aludir a la única aportación sobre el abastecimiento urbano, de M. Matés y E. Clar. Se trata de un trabajo concienzudo y bien hecho, en el que no sólo se atiende a la búsqueda de caudales y a los sistemas de administración de los mismos, sino a lo que sucede en el «otro extremo» de la cadena, es decir, a los problemas de la calidad del agua y la depuración de las residuales. Aunque la parte dedicada al marco administrativo ofrece nuevos datos, lo más original del capítulo, en mi opinión, es el estudio de los problemas de los núcleos rurales y de varias ciudades bien seleccionadas.

El cuarto apartado es el más breve. La temática que desarrolla es de enorme actualidad: se trata del impacto generado por la gestión y los usos del agua descritos en los apartados anteriores, no sólo en el medio natural sino también en los procesos de crecimiento demográfico y económico. Pero, sobre todo, a través de las diversas ponencias –especialmente en la de A. Herranz– se consigue llevar cabo el balance de

más de un siglo de política estructuralista en la Cuenca del Ebro.

En lo que se refiere al medio natural, el punto de vista adoptado por los autores (P. Ibarra, J. de la Riva, V. Rodrigo e I. Rabanaque) es netamente ambientalista y revela un buen conocimiento de las numerosas publicaciones que han aparecido en los últimos años, amén de las disposiciones de la UE. Resulta ilustrativo el estudio sobre los puntos negros que existen en los objetivos de la planificación hidrológica en relación con los aspectos ecológicos. Entre otros, se señala el descuido de la ordenación territorial en los sucesivos planes, el olvido de las repercusiones de la regulación de las aguas en la calidad de la misma, en la cubierta vegetal o en el paisaje, y los errores cometidos en el cálculo del caudal mínimo ecológico. Los acertados juicios vertidos sobre estas cuestiones nos ayudan a hacer ese balance de la política hidráulica estructuralista al que se ha aludido más arriba. Y otro tanto sucede con la reflexión sobre los aspectos positivos y negativos de las repoblaciones forestales.

Los estudios sobre el impacto demográfico (E. Clar, J. Silvestre) y económico (A. Herranz) aportan asimismo nuevas perspectivas. El primero replantea el debate sobre la relación entre los regadíos y los movimientos de población. Para el caso de Aragón los autores han reunido una muestra de 100 municipios buscando respuesta a las dos preguntas clave: ¿el regadío ha favorecido el aumento de población en todos los casos? O, por el contrario, ¿hubo un aumento inicial y un semi-estancamiento ulterior? Aunque Clar y Silvestre son cons-

cientes de la necesidad de continuar la investigación, sus conclusiones provisionales apuntan en doble dirección: la población aumentó en todos los municipios, aunque con fluctuaciones cronológicas y espaciales, y dicho aumento estuvo por encima de la media regional. Ello podría significar que el regadío cumplió su misión hasta 1960 aproximadamente, aunque después es mucho más dudoso.

El volumen concluye con una interesante reflexión de A. Herranz sobre la «parte del agua» en el crecimiento económico, tanto a nivel de la economía nacional como a nivel de cuenca. El autor explica con claridad que la contribución del regadío a la transformación global de la economía española se debió a los avances de la intensificación y de la especialización, mientras que en lo relativo a la cuenca los posibles impactos se relacionan con la presencia de procesos periféricos de desarrollo comarcal; cuya búsqueda y descripción ocupa la mayor parte de las páginas dedicadas a los usos agrícolas. Y en cuanto a los usos industriales y energéticos, se afirma taxativamente que la disponibilidad de recursos hídricos nunca fue el elemento determinante del desarrollo del sector secundario en esta vasta región; por el contrario, la producción de energía eléctrica, convertida a comienzos del xx en uno de los fundamentos del desarrollo de la industria vasca y, sobre todo, de la catalana, sí tuvo trascendencia nacional y, asimismo, favoreció el desarrollo industrial de algunos núcleos del interior.

El balance concluye con una serie de apreciaciones sobre la contrapartida de los

beneficios generados por los cambios introducidos en la gestión del agua. Entre ellas destacan las ambientales (pérdidas de recursos hídricos y de calidad), las económicas (escasa atención prestada a los criterios de rentabilidad a la hora de llevar a cabo inversiones en gran escala) y las sociales (perjuicios sufridos por los habitantes de las áreas de ubicación de los grandes embalses). Aunque en opinión del autor

—que comparto— lo más grave ha sido el desarrollo de un modelo de crecimiento desequilibrado desde el punto de vista geográfico. Creo que la lectura de estas conclusiones vendría muy bien a los que siguen demandando en el momento presente «más embalses y trasvases».

**María Teresa Pérez Picazo**

Universidad de Murcia

Reinaldo Funes Monzote

**From rainforest to cane field in Cuba. An Environmental History since 1492**

Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2008, 358 pp.

**E**l libro trata del pulso mantenido entre el desarrollo del cultivo de azúcar frente a los intereses de conservación del bosque por parte, primero, del Estado para el mantenimiento de la Marina, y ya a finales del siglo XIX y principios del XX, por un movimiento naturalista ante la alarma por la pérdida de los bosques cubanos.

Es una traducción al inglés del original en español del mismo autor del año 2004: «*De bosque a sabana: azúcar, deforestación y medioambiente en Cuba: 1492-1926*», editado por el Estado de Quintana Roo (México) y Siglo XXI editores. Se trata de una traducción prácticamente literal, sin nuevas aportaciones al original, pero que ha mejorado algunas figuras, como los mapas del Atlas Nacional de Cuba, añadiendo algunas nuevas. Sin embargo otras, relativas a mapas antiguos, están mejor recogidas en el libro original. Otro cambio es la existen-

cia en la edición en español de un interesante prólogo, «El dominio de la naturaleza y el mundo que se cobró el azúcar», del Dr. José Antonio Piqueras Arenas, que desaparece en la edición en inglés.

La obra está desarrollada diacrónicamente en seis etapas, desde la llegada de los españoles en 1492 hasta 1926, momento de intervención de los Estados Unidos en el desarrollo de la caña de azúcar en Cuba, y responde a diferentes momentos del avance del cultivo de la caña de azúcar frente a la conservación del bosque.

La primera etapa queda recogida en el capítulo *The Omnipresent Forest and the Beginnings of the Sugar Industry*, en el que se destaca el estado de los bosques en la isla de Cuba a la llegada de los primeros colonos españoles, así como las primeras normas de explotación del territorio con hatos, trapiches de azúcar, y entresaca de madera para la Marina. La primera área afectada es

el entorno de La Habana, especialmente desde 1602 a 1670. Durante estos años los cultivos de caña de azúcar experimentan un auge en este entorno, destacando como hito la llegada de los Borbones a la Corona, en 1714, y la ocupación inglesa de la isla entre 1761 y 1763, que supondrá con el tiempo un nuevo impulso para el azúcar. En estos momentos comienza la disputa por los bosques entre los constructores navales y los dueños de trapiches e ingenios azucareros.

La segunda etapa, *Shipbuilding and the Sugar Industry, 1772-1791*, expone la expansión hacia Matanzas, al Este de La Habana, de las explotaciones azucareras y el conflicto abierto que surge con los bosques de reserva de la Marina, de forma más específica en torno a la utilización del cedro, especie para la cual la Marina reclama su exclusividad de explotación. Es el momento también del gran impulso a la flota de Indias por los Borbones, que trae consigo una defensa a ultranza de sus funcionarios de los llamados Cortes del Rey, las áreas de bosque reservadas para abastecer a la metrópoli o los astilleros de La Habana, que queda expresada en Ordenanza de Montes de 1748.

La tercera etapa, *The Struggle over Private Ownership of Forest 1792-1815*, es de transición. Durante ella los productores de azúcar inician una estrategia para la defensa de sus intereses que llevarán a las últimas consecuencias al reclamar la utilización libre y privada de los bosques de la isla. Los cultivos se expanden mientras al sur de La Habana, hasta la ciénaga de Zapata, y siguen progresando al Este de Matanzas. El

hito que marca el cambio de situación a favor de los hacendados del azúcar es la real Cédula del 14 de Febrero de 1800. La guerra de Independencia en la metrópoli, el proceso de elaboración en las Cortes de Cádiz de la constitución de 1812, y la coronación de Fernando VII terminarán por la derogación de las ordenanzas que impedían la explotación de los bosques por particulares en la Real Cédula de 1815.

La cuarta etapa, *Sugar and the Absolute Freedom to Clear Forest, 1815-1876*, marca la expansión de los cultivos de caña de azúcar hacia el centro de la isla, impulsada por la introducción de las máquinas de vapor en los ingenios y del ferrocarril para la explotación y transporte del producto y la pérdida de mercado de otros productos de azúcar de las Antillas, especialmente Haití. Esto abre una nueva brecha sobre los bosques, ya que no sólo es la propia expansión del cultivo la que los afecta, sino la necesidad de madera para las máquinas de vapor. Surgen entonces las primeras voces de alarma sobre la rápida pérdida de superficie de los bosques y sus consecuencias: pérdida de suelos, disminución de precipitaciones, desaparición del agua en los cursos de los ríos y aumento de la periodicidad e intensidad de las inundaciones.

La quinta etapa, *Centralization of the Sugar Industry and the Forests 1876-1898*, muestra el desarrollo del cultivo comercial especulativo del azúcar, a través de la conjunción de la aparición de las Centrales azucareras, la concentración de propiedades, y el desarrollo de los ingenios de vapor y el ferrocarril. Es un proceso de capitalización muy importante que supone la des-

trucción masiva de muchos bosques y que da lugar a reclamar, por parte de los naturalistas, la conservación de los restos de superficie forestal que va quedando en la isla. La metrópoli da respuesta a esta preocupación, con la creación de una administración forestal, pero el principal obstáculo para desarrollar su tarea fue la poca superficie que quedaba de bosques públicos frente a los de propiedad privada.

En la última etapa, *North American Capital and Sugar's Final Assault on the Forest, 1898-1926*, se recoge la introducción del capital americano en la explotaciones azucareras, ya sujetas a los precios internacionales del mercado y su expansión territorial al resto de la isla. Quedarían dos etapas últimas que no son recogidas en el libro, el periodo entre 1926 y 1959, y el papel de la caña de azúcar en la Cuba de la Revolución, desde 1959 hasta la actualidad.

En primer lugar destacaría el cambio importante y acertado en el título de la edición española a la edición inglesa, en el que ha desaparece el término de sabana. La sabanización es un proceso inherente a los medios tropicales, como es el cubano, en el que el bosque es sustituido por pastos para aprovechamiento ganadero. La sabanización puede ser más o menos intensa (con o sin la conservación de árboles dispersos que permiten la sombra al pasto), pero siempre va dirigida a la obtención de pastos. La destrucción del bosque para el cultivo de caña de azúcar es un proceso de deforestación, sin matización, como queda bien claro en el desarrollo del libro. No obstante hay un tratamiento importante

de la sabanización en lo que se refiere al desarrollo de los hatos ganaderos en los primeros tiempos de la colonia, territorio sobre el que en muchos casos se extendió al principio los primeros cultivos de caña de azúcar.

Es éste un tema que se toca poco en el libro, en cuanto interviene en este proceso de avance del azúcar, pero que merece una especial atención, por lo que supuso también en la transformación del paisaje en la propia Cuba y en la isla de La Española, donde se implantó por primera vez. Mientras para Santo Domingo (La Española) la documentación cartográfica e histórica es escasa, para Cuba las dos son abundantes, tanto en el *Archivo General de Indias* de Sevilla, como en los archivos históricos cubanos. Este proceso de explotación ganadera no sólo tuvo consecuencias territoriales en la dos Grandes Antillas, sino también en su desarrollo socioeconómico entre los siglos XVI y XVIII, y en el caso de Santo Domingo hasta el siglo XIX.

Igualmente destacaría cómo se transmite muy bien la manera en que dos fuerzas que apoyan independientemente el interés de la metrópoli, en este caso el Imperio español y el mantenimiento de sus dominios, se conviertan en fuerzas que luchan entre sí y se obstaculizan, y es esa pugnanza y el predominio de una u otra la que marca esta parte de la historia socioeconómica de Cuba: por un lado el desarrollo económico y social (generación de capital) a través del avance del cultivo de la caña de azúcar; y por el otro el mantenimiento de la flota que asegura la seguridad de la comunicación y flujo económico (de

capital) con la metrópoli y de las costas de sus dominios.

Cuando finalmente vencen los intereses del azúcar sobre la reserva de bosques de la Marina, llega en los últimos años del siglo XIX y tras la independencia la reclamación por los naturalistas españoles primero, y los cubanos tras la independencia, de medidas de conservación ante el rápido ritmo de deforestación que sufre la isla, pero no ya como reserva para la industria naviera, sino como reserva de agua y suelos, es decir, por la mera conservación de los recursos naturales, cuya merma supone una pérdida de calidad de vida en los pobladores de la isla.

En toda esta lucha es justo destacar que ante el uso utilitarista particular e interesado del territorio por los cultivadores de azúcar, el interés de la Marina no es conservacionista, sino estratégico. Realmente no le interesa, como queda bien plasmado, la conservación del bosque, sino de aquellos bosques que contienen especies, como el cedro (*Cedrela odorata* y *Cedrela cubensis*), que son útiles para la construcción de los barcos de guerra de la Marina Real.

Las consecuencias de la deforestación que son expuestas por los naturalistas y relatados en el libro, sirven de reflexión para dos temas que son claves en la actualidad: el cambio climático y el desarrollo sostenible. Respecto al cambio climático la destrucción masiva de bosques trae consigo la pérdida de reservas de agua: los ríos pierden su caudal regular y se convierten en cursos de régimen intermitente y a veces incluso espasmódico, aumentando el riesgo de inundaciones, como es comentado por

testigos de la época. Esta situación genera un proceso de desertificación, por acción antrópica, con pérdida de suelos y la generación de un balance hídrico con excedente y con poca reserva edáfica. Los bosques son reservas de agua que influyen sobre el funcionamiento de las cuencas hidrográficas y la conservación de agua y del suelo. Por ello en lugares con clima tropical húmedo con graves procesos de deforestación, con más de 2000 milímetros de precipitación anual, uno de los principales problemas de los pobladores es el acceso al agua potable, y este hecho es remarcado en el libro para Cuba, ya a principios del siglo XIX, en aquellos lugares donde el proceso de destrucción del bosque había sido más intenso en aquellas fechas.

En cuanto al desarrollo sostenible la historia socioeconómica y natural que relata y analiza el autor nos sirve de espejo sobre las consecuencias de un uso indiscriminado y no sostenible de los recursos naturales, y así el cultivo de la caña de azúcar en Cuba ha devenido a ser, en el transcurso del tiempo, un sistema de aprovechamiento no sostenible. Sí lo fue sin embargo el uso que hizo de los bosques de los montes de la Marina, con la práctica de entresaca de las especies útiles respetando el resto del bosque. Esto presenta un argumento más al debate desarrollo económico-conservación de los recursos naturales y si en el desarrollo sostenible prevalecen más los valores del desarrollo económico o de la conservación del recurso natural.

**Rafael Cámara Artigas**

Universidad de Sevilla

Jesús Giráldez Rivero y Ernesto López Losa (coords.)

**Un siglo de pesca en España: nuevas perspectivas, nuevas aportaciones (Areas. Revista Internacional de Ciencias Sociales, 27)**

Universidad de Murcia, Fundación Cajamurcia, 2008, 115 pp.

**E**nsombrecida por el protagonismo de las actividades agropecuarias, la pesca ha sido la «pariente pobre» de la historiografía económica del sector primario. Su escasa relevancia en el PIB no hace justicia ni a su papel histórico como articuladora del tejido social y económico de las villas litorales, ni al carácter estratégico de su aportación al equilibrio alimentario español. Serán Xoán Carmona y Jesús Giráldez, por la metodología y fuentes empleadas, los pioneros en la rehabilitación de la historia económica de las industrias pesquera y conservera. La acumulación posterior de investigaciones regionales ha culminado en la atención prestada al sector por la revista *Historia Agraria* en 2002. Si en aquel caso el ecuador temporal de los estudios no sobrepasaba los años treinta, este número de *Áreas* adquiere especial relevancia por cubrir la segunda mitad del siglo.

**La flota pesquera, 1930-1970: expansión y modernización**

Ana Sinde elabora una excelente síntesis del comportamiento de los tres agentes económicos implicados en la renovación del sector: Estado, armadores, y astilleros. El Estado, empeñado en sustituir importaciones y garantizar la suficiencia alimentaria, potenciará las empresas bacaladeras (PYSBE, PEBSA Y COPIBA) en su expansión hacia los caladeros noratlánticos.

Con el trasfondo de la Ley de Crédito Naval (1939), la expansión de esta flota resulta irrefutable: los 35 buques de 1950-1960 suponían el 100% de las unidades de más de 1.000 TRB. De los 21 buques que en 1949 faenaban en aguas del Atlántico NO, se pasará, incluyendo la flota del Gran Sol, a 114 en 1951. La expansión geográfica irá unida a la empresarial: de 68 empresas en 1931 se pasa a 443 en 1961. Tal crecimiento resulta explicable por tres factores: las facilidades de entrada otorgadas por el crédito naval, el acceso libre a las aguas internacionales, y la expansión del consumo interior de pescado en un mercado reservado.

A diferencia del proceso de concentración que se desarrollaba fuera de España, aquí, las condiciones legales habían favorecido un crecimiento extensivo. La renovación técnica quedó subordinada a las condiciones imperantes en el sector de la construcción naval. La asimetría entre construcción y tecnología naval resultó evidente, especialmente en el caso de la incorporación de los motores diesel. En 1942 sólo tres empresas (Barreras, SECN y Maquinista Terrestre y Marítima) montaban tales motores con patente extranjera. Los riesgos en cuanto a inputs y plazos de entrega, los precios poco competitivos, y la falta de experiencia en la construcción de cascos de acero derivaron en situaciones paradójicas, como la opción por tecnologías

menos avanzadas pero disponibles: hasta 1950, la flota de más de 100 TRB con casco de madera aún resultaba mayoritaria. He ahí, por tanto, las dos restricciones que deberá afrontar la flota en el futuro: la dispersión empresarial y la multiplicación de unidades construidas sin atender a criterios de eficiencia.

### **Cuatro trayectorias regionales: País Vasco, Galicia, Andalucía suratlántica y Cataluña**

Las singularidades de cada caso, no impiden el reconocimiento de historias compartidas. El período 1880-1910, asiste al nacimiento de la pesca industrial con la implantación de la propulsión a vapor y de las artes de arrastre. La reforma del marco institucional (desestanco de la sal, supresión de las «matrículas de mar», libertad de pesca...), la integración ferroviaria del mercado nacional, además de la consolidación del tejido industrial y urbano, crearon las condiciones para la ampliación del consumo de pescado fresco. La intensificación de la pesca de altura indujo, a su vez, la subordinación de la pesca artesanal a las «costeras» de sardina y bonito, abastecedoras de la industria conservera.

En los años 1914-1919, las dificultades de la construcción naval para abastecerse de equipos, se compensaron con un ciclo de precios remuneradores. Los años veinte asisten a la superposición de tres episodios significativos: las primeras situaciones de sobrepesca en los caladeros de la plataforma continental; los ensayos pioneros en los bancos del Gran Sol; y la motorización de la flota de bajura (motor de explosión),

que la dotaba de mayor capacidad de adaptación, rompiendo así su dependencia del sector conservero. En 1929 se inicia un período de dificultades que se prolongará durante toda la década de los treinta. Al cierre de mercados exteriores se van a sumar los problemas internos: clima de incertidumbre y conflictividad laboral, quiebra de expectativas empresariales, dificultad de aprovisionamiento de inputs y escasez de combustible, entre otras. Por el contrario, la autarquía, dada la prioridad otorgada a las subsistencias, convertirá a la pesca en centro subsidiario de sus intervenciones. La Ley de Crédito Naval (1939) facilitó la renovación y modernización de la flota (cascos de acero, haladores mecánicos, eco-sonda, telegrafía, instalaciones frigoríficas...). Con la Ley de Renovación y Protección de la Flota (1961) llegaba la hora de la flota bacaladera, pero también el momento en que las flotas cantábrica y gallega iniciaban su deslocalización hacia los puertos sur-atlánticos, cabeza de puente para la explotación de los bancos norteafricanos y canario-saharianos.

Desde los setenta, diversas restricciones ponen fin a esta brillante etapa. Desde el marco institucional, 1973 señala la carrera por la extensión de la jurisdicción sobre las aguas territoriales hasta las 200 millas y la declaración de Zonas Exclusivas de Pesca; desde el ecológico, los caladeros mencionados comienzan a dar muestras de agotamiento; por su parte, la crisis energética y los elevados costes de explotación, abrirán una crisis selectiva sobre las empresas. A todo ello deberá añadirse la complejidad abierta por la adhesión española a

la Comunidad Económica Europea que, desde 1979, introducía un nuevo escenario en la «política azul», el de las TAC (tasas admisibles de capturas).

En el *País Vasco*, cuyo estudio aborda Ernesto López Losa, deben reseñarse: la temprana constitución de la flota bacaladera de gran altura (PYSBE), al lado de la flota de altura de arrastre orientada al mercado de fresco, así como el excesivo crecimiento de la flota de bajura, enfrentada, desde 1960, al agotamiento de sus dos pesquerías tradicionales (anchoa y bonito). Desde los años setenta, las alternativas a la crisis vendrán, en el caso de la flota artesanal, por la vuelta a las especies locales de mayor valor comercial; en el de la flota de altura y gran altura, por la orientación hacia el mercado de túnidos, menos sometido a presiones nacionales. De todos modos, los 10.340 pescadores de 1977 quedaban reducidos a 3.361 en 2003; entre ambas fechas, el peso económico de la pesca había descendido del 1 al 0,1% del PIB regional.

A partir de archivos mercantiles y empresariales, el estudio del profesor Giráldez sobre *Galicia*, analiza el reto suscitado por las pesquerías de onda larga y la introducción en España de la flota congeladora de mano de la empresa Pescanova S. A. Esta iniciaba en 1960 la explotación de los fondos sudafricanos, a más de 5.000 millas, mediante «trawlers» de arrastre lateral o trasero, no superiores a las 600 TRB, a los que se incorporan sistemas de congelación a bordo. A diferencia de los congeladores-factoría rusos o japoneses, de más de 2.000 TRB, el menor porte de la flota gallega condicionará su rentabilidad (menor auto-

nomía y estancia en caladeros, separación de las fases de captura y transporte...). En 1964, Pescanova incorporaba ya los buques-nodriza factoría, en los que a los procesos de congelación se unía la mecanización del procesado (elaboración de filetes y subproductos como aceites o harinas de pescado). Posteriormente, la búsqueda de eficiencia conducirá a nuevas soluciones: ramperos-congeladores dotados de mayor capacidad de congelación, y reducción de desplazamientos mediante el empleo de buques de transporte frigorífico.

La generosa ayuda dispensada por la Ley de 1961 resultó decisiva para afrontar la capitalización exigida por los nuevos desafíos. Aunque Pescanova y Mar S. A. fueron las principales beneficiarias, la reducción del coste de la inversión tuvo como efecto reducir las barreras de entrada y multiplicar las empresas del ramo: en 1961 la flota congeladora disponía de 8 unidades con 5.350 TRB, frente a los 250 buques de 1970 con 142.175 TRB. No obstante, la concentración era la tónica dominante: el 2% de las firmas concentraban el 43% de la flota, y un 45% de la misma se adscribía a la matrícula gallega. Los desembarcos de pesca congelada no dejaron de crecer: 50.000 tm en 1964, y 200.000 en 1970, un 20% del peso y valor de todos los desembarcos.

No todo fueron éxitos. La merluza y pescadilla suponían el 82% del valor y el 70% del peso de las capturas. Al riesgo de todo monocultivo se añadía la estrechez del mercado nacional; aunque el consumo medio por habitante/año había pasado de 3 a 5 kg, los congelados sólo representaban

el 22% de todo el pescado consumido. Dada la escasa demanda exterior, los stocks no tardaron en acumularse. A mayor abundamiento, los rendimientos de los bancos australes comenzaron a resentirse. La caída de precios y la menor rentabilidad de la flota actuaron selectivamente sobre las empresas marginales.

Uno de los retos que debió afrontar la pesca congelada se refería a su comercialización, por cuanto exigía un desarrollo de la industria frigorífica capaz de mantener la cadena de frío entre productor, mayorista, detallista y consumidor final. En los años sesenta sólo unas pocas provincias y un reducido porcentaje de hogares contaban con instalaciones adecuadas. De ahí la opción de Pescanova por desarrollar su propia red comercial y canales de venta. El otro reto ha quedado sugerido hace unos instantes: el agotamiento de los bancos surafricanos obligó a replantear las estrategias pesqueras. La centralización de desembarcos en Las Palmas fue una de ellas; otras apuntaban a nuevas pesquerías, como la de cefalópodos en los caladeros canario-saharianos. A la diversificación se añadirá la explotación de nuevas aguas: en 1969 los buques de Pescanova, por vez primera en la pesca española, comenzaban a calar en aguas del Índico. Desde 1973, los cambios en la jurisdicción marítima internacional, sembraban el futuro de incertidumbre y abrían un nuevo escenario competitivo.

Las pesquerías de la Andalucía Atlántica, estudiadas por Segundo Ríos, constituían un sector pesquero tributario en buena medida de flotas ajenas a la región. Serán los catalanes, presentes ya desde el si-

glo XVIII en Isla Cristina, quienes impulsen las salazones de sardinas. Entre 1900 y 1920, Barbate, Isla Cristina y Ayamonte, concentraban las tarrafas a vapor para el cerco, en tanto el arrastre con «bous» dirigía sus desembarcos a Cádiz y Huelva, con mejores infraestructuras portuarias y conexiones ferroviarias. Desde mediados de los años veinte los puertos de la región asisten a una segunda «colonización», esta vez por parte de los «trawlers» gallegos y asturianos. Sus capturas permitirán mantener elevados los desembarcos durante toda la década de los treinta, llegando a liderar la distribución de pescado fresco entre 1940 y 1950. Desde entonces, la región seguirá siendo beneficiaria del progresivo desplazamiento de las flotas de altura de Galicia y Cantábrico, que fijaban su base en Cádiz y Huelva con vistas a explotar los caladeros norteafricanos. Para entonces, el sector del cerco presentaba ya síntomas de agotamiento. Al amparo de la Ley de 1961, la renovación de la flota se vio acompañada de cambios en los caladeros y en los patrones de capturas: el desplazamiento a los bancos canario-saharianos fue unido a la sustitución de los gádidos por los moluscos y crustáceos.

Cataluña está representada por el estudio de Palamós a cargo de Juan Luis Alegret. La región, que había sido pionera en el siglo XVIII en el arrastre a vela con «bous», sufrirá a lo largo del pasado siglo una progresiva decadencia de sus pesquerías autóctonas en la misma medida en que la tradición naviera mercantil convertía a los pescadores en marineros. Al éxodo hacia el cabotaje comercial se irán sumando otros

factores explicativos del estancamiento pesquero: el desarrollo industrial primero y, más tarde, el turístico, iban a competir por el uso de los espacios portuarios; añadidamente, tanto la urbanización como los usos industriales de la costa, mermarán significativamente la calidad de las aguas, además de afectar al hábitat de las especies sedentarias y a los desplazamientos de las migratorias. Por todo ello no es extraño que fueran armadores tarraconenses, alicantinos y valencianos los que protagonizaran la implantación del arrastre con vapores y el cerco con luz artificial. Entre 1960 y 1990, las pesquerías locales conocen sus mejores años. Desde entonces y hasta el 2000, las capturas se han contraído en un 75%. Las salidas a la crisis han venido por tres vías: desplazamiento del cerco desde la anchoa/sardina a la caballa y otras especies menos afectadas por sobrepesca; orientación de la flota artesanal (palangres, nasas, trasmallos) hacia capturas de alto valor comercial, y especialización del arrastre en los crustáceos, gamba principalmente.

### Cultivar ríos y mares

Ángel I. Fernández traza una brillante síntesis de la historia de la acuicultura española, desde su fase experimental en la segunda mitad del siglo XIX (ostricultura y piscicultura) hasta su posterior estadio comercial e industrial. Entre 1900 y 1950 la aportación de la acuicultura fue modesta y se desarrolló en tres direcciones: ensayos fallidos por adoptar los parques ostrícolas al «estilo de Arcachon»; difusión levantina de la miticultura en viveros o plataformas fijas y flotantes; y primeros pasos de la piscicul-

tura de repoblación de especies esquilmas. Entre 1950 y 2000 se consolidan tres evoluciones: la primacía de la miticultura gallega, la expansión de la piscicultura de río en torno a la trucha arco iris, y el despegue de la piscicultura marina (dorada, lubina, rodaballo y salmón).

El liderazgo gallego en el cultivo del mejillón se vio favorecido por factores ambientales (calidad y aptitud de las aguas de las rías, disponibilidad de espacio) y económicos (demanda de la industria conservera). La expansión de la piscicultura de río arranca de los años cincuenta, centrada en las provincias del norte peninsular, tanto por la disponibilidad de cauces fluviales adecuados como por la calidad de sus aguas. La producción creció de 3.000 a casi 30.000 tm. de trucha entre 1970 y 2000. A partir de los años setenta, y en estrecha conexión con el cierre y agotamiento de caladeros, daba sus primeros pasos experimentales, con la ayuda inicial del know-how de empresas nórdicas, la piscicultura marina. En la actualidad, y pese a que el sector todavía se halla en fase de consolidación, cabe hablar de un futuro prometededor: España es en la actualidad uno de los principales consumidores mundiales de pescado, con más de 35 kg anuales per capita, un 25% de los cuales procede de la acuicultura.

### O tras calas

En *¡Arriba la pesca!* Alberto Ansola desgana el discurso del paternalismo industrial pesquero en los años del franquismo. La integración política y social de los trabajadores del mar iba a la par que el reco-

nocimiento de la importancia estratégica del sector pesquero. Ansola pasa revista a los ejes más llamativos de aquel discurso: la «mar ubérrima» como fuente inagotable de recursos; las excelencias alimenticias y proteicas del pescado frente a la carne; la exaltación del pescador y de su vida ruda y azarosa irá unida a la rehabilitación de la cofradía confesional frente al sesgo laicista del pósito; el higienismo y la ilustración, como variables de la integración social, hallaran su correlato en las «casas del pescador» como célula de sociabilidad alternativa a la taberna; el último eslabón de aquella política serán las barriadas o poblados de pescadores, materialización del ideal de autosuficiencia y autonomía.

Por último, Javier Escudero, tras un paciente trabajo con fuentes empresariales y archivos de las cofradías, reconstruye la *presencia italiana en la industria salazonera* del norte de España. Desde principios de siglo esporádicamente y, de forma sistemática tras la Gran Guerra, los «salatori» sicilianos abrirán una diáspora empresarial todavía no bien conocida en cuanto a sus orígenes. De su mano, la anchoa iba a convertirse en una de las principales pesquerías de la región. La orientación exportadora dará paso a los proyectos fabriles y, posteriormente, a la «nacionalización» de la industria.

**Joaquín Ocampo Suárez-Valdés**

Universidad de Oviedo